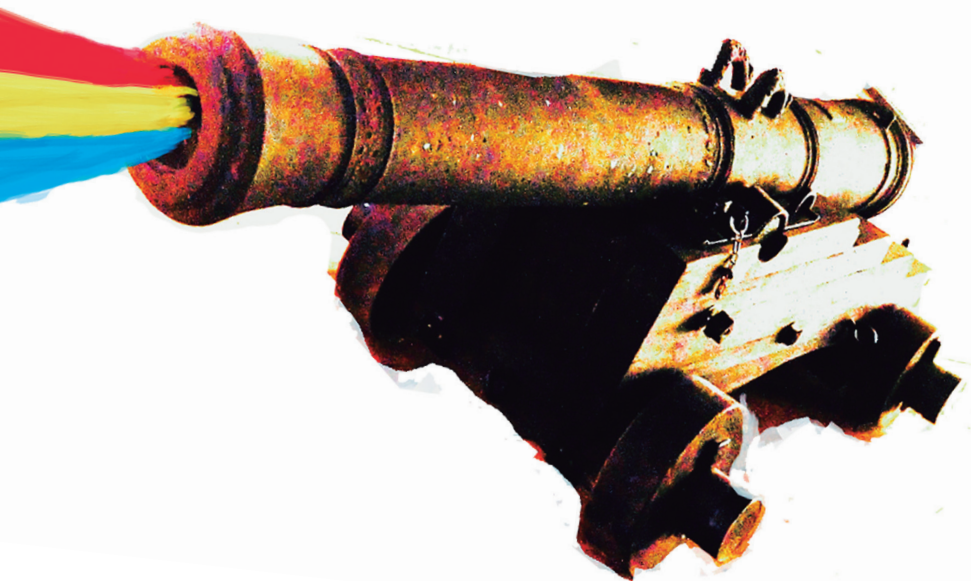


ANDA NADA



Luis Britto García



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

COLECCIÓN CONTINENTES

ANDA
NADA

Luis Britto García

ANDA NADA



MONTE ÁVILA
EDITORES LATINOAMERICANA

1ª. edición en Monte Ávila Editores Latinoamericana, 2025

Anda nada

© Luis Britto García

Edición y corrección:

Paola Rojas

Diagramación:

David Arneaud

Imagen de portada:

© Luis Britto García

Diseño de portada:

Arturo Mariño

© Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A., 2025.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 22, urbanización El Silencio,
municipio Libertador, Caracas 1010, Venezuela.

Teléfono: (58 212) 485.0444

www.monteavilaeditores.gob.ve

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal: DC2025000650

ISBN: 978-980-01-2514-4

PRIMERAS PIEDRAS

Collar

La primera perla es perfecta como una luna. Mirándola muy detenidamente, en su fulgor se ven hileras de hombres desnudos que corren por una playa árida, como la luna.

La segunda perla es transparente, como una burbuja. Los hombres desnudos, obligados a hundirse en el mar, dejan escapar el resuello en el terror de la muerte, y la última burbuja del aliento es como una perla.

La tercera perla parece el ojo del pez inmenso que mira a los hombres desnudos debatirse en las aguas; y embistiendo al más lento de todos, ataca.

A partir de la cuarta, las perlas tienen un tono rosado. Los hombres de piel lunar de las piraguas obligan a sumergirse a los hombres desnudos en el agua rosada, hasta que ésta se hace color vino.

La quinta perla es un sol que chisporrotea al caer en un mar sangriento. Del mar ensangrentado por los grandes peces

trepan a las piraguas hombres desnudos cuyas narices o cuyos muñones sangran. Estos últimos son devueltos al mar.

La sexta perla es blanca, como la salina por la cual los hombres desnudos son obligados a correr mientras en la reciente noche centellea el chorro de sal del Camino de Santiago.

La séptima perla resplandece como una nebulosa. Contra el fulgor nocturno de la salina los contraмаestres cuentan el collar de hombres desnudos amarrados por el cuello, que disminuye con cada nueva perla que se añade al montoncito en el yelmo grisáceo como la caparazón de un cangrejo.

Dura como el ojo de un crustáceo, la octava perla mira caer las exhalaciones, intranquila. A la furtiva luz de éstas, el contraмаestre perfora de un ballestazo la cota de malla del alabardero que intenta meter la mano en el yelmo.

La novena perla es como la espuma donde sumergen al alabardero con las vísceras hendidas. Las olas destiñen naipes de pergamino, cuyas figuras saldrán al azar sobre las arenas.

La décima perla, defectuosa, tiene aún una arenilla, y sin embargo pagan con ella al piloto que capturó los indios esclavos y procuró las sogas y las piraguas.

La perla once la extrajo el piloto expertamente del ano del contraмаestre degollado, sabio en raterías, mas no en esgrimas de estoque.

La doce estaba en la boca del grumete decapitado.

La trece, en el estómago del remero desventrado.

La catorce, quince, dieciséis, diecisiete, dieciocho y diecinueve se parecían a los dientes de los hombres que las pescaron, también degollados para que no dieran testimonio de la rapiña, aunque no hablaban lenguas de cristianos.

La veinte, inmensa, compró la complicidad del escribano. La veintiuno, roñosa, el silencio del cartógrafo. La veintidós fue para pagar el flete de la nave que volvía cargada con cestas de perlas sangrientas. La veintitrés, para ablandar al

funcionario de la Real Hacienda que debía reclamar el quinto del Rey. La veinticuatro, para pagar a Monseñor el impuesto de doctrina a fin de difundir la fe de Nuestro Salvador entre los esclavos.

La veinticinco, la más hermosa, fue para corromper a los jueces que juzgarían al Almirante por no declarar el quinto de las perlas que había de pagarse a la corona.

La veintiséis, inexplicablemente perdida.

La veintisiete, perforada, decidió el ánimo de la doncella de piel perlina, que por sus mañas pudo ir añadiendo todas las otras al collar.

La veintiocho delató la traición, que llevó al capitán a apretar con él el cuello nacarado de la muchacha.

Su cuerpo estrangulado resplandece, como una perla.

En ella se ve repetirse eternamente el círculo del collar, perfecto como el de la luna.

Nahuatl

Nopal

Hace ya tanto tiempo que te estoy enterrando. Tanto me costó cavarte esa fosa en la greda dura, y después las inundaciones te afloraban, o aparecía a flor de suelo tu sonrisa. El mal olor cubría la tierra. Después sólo te encontré en el aroma de la menta o en el sabor de la hierbabuena. Al fin ese nopal empezó a alzarse en el justo sitio donde estabas enterrada. Yo juro que fue él solo. Jamás pensé sepultarte bajo plantas para después encontrarte en cada fruto y cada pájaro. Al fin reuní valor. Me costó poco trabajo. Al primer golpe me rasguñaron las espinas. Al segundo, rodó por tierra la flor encarnada. Al tercero, apreté los labios por no probar el jugo dulce que me salpicaron los higos rasgados. Los restos de pulpa anaranjada despidieron al arder un humo aromático, que también me trajo tu recuerdo. Cuando hube aventado las cenizas, emprendí el regreso por el valle, todo florecido de nopales.

Jaguar

Ahí pues me contemplas, señor jaguar, sin saber que yo te diviso en la frescura de las huellas que la lluvia borra y en el olor a carne podrida que ni siquiera el agua se lleva. Mi olor también lo conoces. Lo oliste en el petate la vez que entraste en la choza, y en todas las trampas que desde entonces te tiendo. Las lluvias se llevaron el maíz mientras yo seguía en este largo acecho. Las lluvias espantaron los venados que hubieran podido distraerte de rastrearne. Al fin supe que las perdices amarradas no te atraerían al lazo; y supiste que el sueño no me entregaría a ti, pues la lluvia, que propicia las pesadillas, es hace semanas una larga vigilia en donde capto cada una de tus huellas antes que el agua las deshaga. Sé

que por mí renunciaste a las últimas liebres que huían de las madrigueras inundadas, pero piensa que por ti he renunciado a marcharme para buscar otras tierras y otra mujer. Será que esta tierra nos atrapa, por lo que en ella hemos compartido. Ahora no hay oquedad donde no te aguarde una caña afilada, pero tampoco hay reposo donde no me espere una de tus zarpas. La luna, a punto de ponerse tras la gran piedra, nos reunirá otra vez en la sombra, donde sabrás si tus ojos en la oscuridad son tan precisos como mis oídos en el trueno de la lluvia. Es lo único que queda por decidirse. Ni siquiera el sol ha probado esta dicha de un enemigo tan a la altura de sus fuerzas. No ha tenido más que la luna, que ahora empieza a morir. Cuando renazca, alumbrará al más infeliz de nosotros, al que sobreviva para ya no tener en este mundo más compañía que una piedra, que también a la larga se irán comiendo las lluvias.

Piedra

En otros tiempos me pulieron las lluvias y me lamieron los animales buscando las gotas que guardaba en las grietas. Unos animales me erigieron diciendo que yo traía la lluvia; otros me derribaron para protegerse de ellas.

Me tallaron signos que la lluvia borró. La lluvia al fin cuarteó los cimientos, permitiéndome volver a la tierra sobre la cual pasaron los ejércitos hasta que por fin se hizo el silencio y los animales se combatieron sobre mí y el animal que no murió volvió a lamerme. Sobre mí cae la lluvia.

Polo

Limpio estaba el infinito

Cantar margariteño.

Allí comenzaron a contratarnos para pescar perlas en el otro mundo. De madrugada levamos el ancla. Durante días dimos bordadas por el viento contrario de la mar que nos remecía. Al atardecer rumbeábamos por la Cruz de Mayo. Al amanecer se desteñía la Rosa del Escorpión. Toda la noche trabajábamos en el foque arrimándonos a la punzada de los vientos. A mediodía rizábamos la mayor en mares de papel de plata. Saqué un carite, el cuerpo tronchado por el mordisco de un peje que cortaba como machete. Con la Osa sobre la mesana se nos rasgó el trapo de la mayor. Luchamos tapados por drizas y lonas. Cada vez sacábamos pejes menos conocidos. El viento Sur era más furioso a medida que la Cruz se empinaba sobre nuestras cabezas. El agua estaba ya mala en las pipas. Dimos en la más fría de las tormentas. Amarrados sobre cubierta evitábamos que las olas nos barrieran. De madrugada embarcamos una cresta que nos llevó los perros y las gallinas. Por babor nos amenazaba una tierra dura como un puñetazo. Achicábamos día y noche con totumas los escurrideros de las sentinas. Habíamos dejado de ver las grandes tortugas. Los fríos nos serraban las manos cortadas de casar y descasar escotas. A los sesenta días sin pisar tierra la ola se tragó la «Mairena». Trepado en la cofa la vi desaparecer. Primero el casco, después el mástil, hasta dejar sólo el burbujeo y el ruido de cajas que se rompen de las cuadernas. Con el bichero recogí la pipa de agua que fue lo único que afloró en los remolinos. Por las noches nos persignábamos mirándonos las caras encendidas por el fuego de San Telmo. Bautizábamos estrellas sin nombre que salían

de la mar sin término. Dimos bordadas contra la corriente en un mar de leva. Tomamos Norte rumbeando las estrellas de la Osa. Ahora los peces voladores nos daban en la cara. En la mañana venían mariposas desde la tierra. En la tarde volvían hacia la costa, con la luna que elevaba sus cuernos. Comenzamos a hurtarle el casco a los agarrones del coral. Las toninas volvían a celebrarnos. Sufrimos calmas que parecían que el sol se había ahogado en el mar. Las olas arrastraban cuerpos de hombres despedazados por las peleas o los tiburones. Maniobrábamos más rápido que las falúas que se nos pegaban para hundirnos o para saquearnos. Allí fue que ofrecí el barquito de plata si regresaba. Ni los pejes ni la costa ni los hombres nos eran conocidos. El turco que nos había contratado reconoció por fin un minarete en una bahía. En el otro mundo todos vestían de blanco y hablaban una lengua de muertos. Encerrados en sus iglesias cantaban rezos que eran lamentos. Pescamos perlas durante años, entre mujeres que tenían tapada la cara como una luna. Las recuerdo, pero no las palabras con las que quisieron retenernos. Algunos guardamos dijes en forma de luna que nos colgaron al pecho. Yo juré entregarlo en el altar en lugar del barquito de plata. Hasta los corales trataron de retenernos en esas aguas tibias tragándonos las anclas. Picamos sus cabos a la madrugada. Una constelación en forma de cisne se elevaba por proa. La vimos borrarse sobre la aurora a medida que aparejábamos. Tardó mucho ese viaje. Regresé solo. Nadie me reconoce. Nadie me cree.

RINCÓN DE LOS MUERTOS

Ayacucho

A las siete de la noche tocó silencio el corneta. Allí mismo fue demasiado silencio. Tan alta era aquella llanura que se ahogaban los gritos. Ni para hablar nos quedaba el aliento. Cumaná tiritaba con mal de páramo ante la hoguera de quinua. A cada lancero lo llamábamos con el nombre de su pueblo. Y a mí, que sabía las canciones de todos los sitios, me llamaban Coplero.

Me dio rabia que Cumaná fuera a morirse penando en aquella meseta, tan alta que el diablo le había sorbido los vientos. Para que se acordara del sol le fui cantando la canción de su puerto:

Ay, Cumaná quién te viera
y por tus calles paseara
y hasta San Francisco fuera
a misa de madrugada

Mi madre es la única estrella
que alumbra mi porvenir y si
se llega a morir
al cielo me voy con ella

Río Manzanares
déjame pasar
que mi madre enferma me
mandó a llamar

El general Sucre tenía oídos de lince y paró la inspección de las tropas. Con su Estado Mayor cabalgó hacia nosotros. Quién ha roto el silencio. Yo, mi general. Soldado, qué castigo debo aplicarte.

Al último resplandor de la quinua vi cómo se iba apagando su cara.

Lo que usted diga, mi general. Lancero, me dijo sofrenando su macho, te impondré el peor castigo para un jinete que se ha abierto camino en la América empuñando una lanza: no pelearás en la batalla de mañana. Pero mi general. Silencio.

Al alba ya Cumaná respiraba. Me abrazó, y picó espuelas con las oleadas de la caballería de José María de Córdoba. Los vi romper contra la fusilería realista que dominaba las alturas de Corpahuaico, y horas más tarde bajaban los cóndores desde las cordilleras más encumbradas. Ya era de noche cuando encontré a todo el pelotón. Abrazaban sus lanzas y tenían las bocas abiertas, como todavía gritando en la altura sin aires. A cada uno de ellos les fui cerrando los ojos.

En ese momento me alumbraron los candiles del Estado Mayor del general Antoñito Sucre, quien reconocía la mortandad. Antoñito acababa de cumplir veintiocho años, y ninguno de los caídos tenía más edad. Ese día se ganó la

libertad de la América, y sin embargo nunca vi al general tan triste como cuando, reconociéndome, dijo:

—Lancero: ahora puedes regresar a Cumaná.

—General: no soy de Cumaná.

Entonces me venció el rencor, y le dije que el cumanés era el muchacho a quien yo cerraba los ojos. Le había devuelto el aliento cantándole, para que fuera a exhalarlo contra la fusilería de Monet.

El general quedó un instante sin aire, bajo las estrellas que eran tantas como las lanzas caídas en aquella meseta de sangre. No podía decirme que, como él también había nacido en Cumaná, al oírme cantar y arrestarme creyó devolver vivo a su pueblo por lo menos a uno de aquellos piragüeros que dejaron sus playas lejanas diez años y cien batallas atrás.

Al fin encontró aire para susurrar:

—Quien se entrega a la libertad, se da a la muerte. Lancero: cántanos de nuevo «Gloria de Cumaná».

—General: no volveré a cantar más.

El general tiró de las riendas para que su macho diera la vuelta lentamente, como si quisiera oír algo en el silencio de aquella meseta que los indios llaman Ayacucho: Rincón de los Muertos.

—Has hecho mal. Un favor no se le niega a un moribundo.

No sé si en aquella quietud escuchó algo. Ninguno de nosotros tres vivió para volver a ver Cumaná.

Los ricitos

Seguido por Isaías el sacristán, va Monseñor con la caja de sándalo repleta de sobres perfumados donde están los ricitos intrincados que hace más de un siglo consérvanse en el Archivo Histórico del Prócer. Mejor, piensa, hacerlo es en el patio segundo del Palacio Arzobispal, donde menos será notada desde la calle la chamusquina. Mejor, también, no ejecutarlo en uno de los incensarios cuyo uso a tal efecto sería irrespetuoso sino allí en esa olla humilde de la cocina, y con esa vela lo menos ceremonial posible que chorrea esperma líquida y lame el primer sobrecito, el cual se enrojece, se curva, se hincha, resiste, al fin se hiende y se abre en negruzca rajadura para arder por fin enteramente y caer como llameante crinolina haciendo palidecer la grafía donde la mano heroica del Prócer rasgueara con pluma de ganso sólo un nombre: Mercedes.

Después los otros sobrecitos van ardiendo con menos aspavientos aunque con distintas intensidades, y caligrafías diversas que delatan los estados de ánimo —exaltación, perplejidad, cansancio— en los que el Prócer registró la onomástica de tan secretas campañas —Virginia, Alba, María, Catalina. —Son cerca del centenar— comenta el sacristán, mas con gesto enérgico indica Su Eminencia que el número, aun más que la patronímica, ha de ser olvidado en resguardo de la reputación ejemplarizante del Prócer Vencedor, así como el aroma de encrespadas vellosidades que sobre el segundo patio son —por segunda vez— olor, fuego, llama, fragancias acres, melancólicas.

Mas los olores impregnan ya por siempre la arzobispalidad, y su Ilustrísima escandalizado descubre que la serpenteante forma del rizo incinerado y de la furtiva humareda es la que teje las madejas doradamente bordadas en la corona que en su cabeza representa la de espinas que se enzarzó sobre la

del Señor, y en el amito que significa el velo con el que se cerraron sus ojos, y en el alba que finge la vestidura blanca de la que fue desnudado y el cíngulo con el cual ciñósele a la dura columna y el manípulo con el cual la mano quedó unida a la mano y la estola que unció al fuerte madero y la casulla de la cual fue el purpúreo segundo desnudamiento, para allí entretejerse en la espiral sin fin del tieso báculo de pastor y contaminar el vertiginoso ascenso y descenso de los arcos y el serpenteante meneo de las columnas salomónicas que se abren sobre el ara del sacrificio y la breve puerta del sagrario que custodia la reluciente plenitud del cáliz y su licor secreto y su vivo misterio, que como un sol oscuro rige la enmarañada caligrafía de los libros antiguos donde están inscritas las orgiásticas bodas y la frescura de las pilas bautismales cuyas aguas lavan el olor de entraña e incluso la poderosa olfatoriedad de los incensarios que difunden sus hebras de perfume por sobre nubes y bóvedas hasta el jadeante ronroneo del órgano y el delirio de los vitrales parpadeantes y las firmísimas y redondísimas cúpulas, que brotan por encima de los jardines enroscados en caricias de perpetuas enredaderas. Habrá por siempre un pulso de risitas allí, tras los confesionarios y allí, también, aquel largo perfume de intimidada lágrima (quizá también de espumas de Mediterráneo o de Báltico) mientras los colibríes liban en anhelantes flores. Natura entera celebra rizadamente la gran fiesta de la creación y tan sólo Su Eminencia se yerge solitario y erecto como pilar granítico en el desierto del patio. Pero es el sol que está tan caluroso. Y el ariete oscuro de la sombra de Monseñor avanza hacia la olla ardiente que desmaya en fragancias, mientras él se retuerce en cenizas.

Una vocecita le viene a la cabeza. Oh reposo suave, última recompensa y acabóse de la vida. Eres todo y la nada, triunfo y acabamiento. Las entrabadas tracerías de los órdenes ardientes

del falso gótico o de las letras iluminadas cantan todas tu ausencia y lo demás enteramente en tu contorno danza. Por distraerse de la vocecita, Monseñor musita el atormentador fragmento de Nicolás de Cusa: «Fuego que abrasa al Fuego mismo, Fuego suave, inmaterial e increado de la Luz infinita, yo soy el Fuego y vosotros las chispas, y sin ese Fuego interior no haréis nada, ni pequeñas ni grandes cosas»...

En el patio como mareado de fulgor aparece en la amarillenta mano de Monseñor un amarillento sobre con amarillento rizo con el nombre casi amarillento por el tiempo de su tatarabuela.

Fue el aroma que jamás dejó la catedral, por más que tanta mirra que ordenó Su Señoría quemar siempre como queriendo que el ardor mismo del templo fuera borrado entre sus nubes. Se lo siente todavía en la oquedad de la bóveda, en las faldas del ángel, en la cabellera de la Magdalena.

La bendición de los hierros

Por la Cuaresma llegué al pueblo a bendecir los hierros de marcar el ganado. Así es la costumbre antigua, sin la cual las llagas de los herrajes se agusanan. Nunca he visto pueblo más necesitado de bendición, desde los engarfiados hierros para marcar reses hasta la iglesia derruida en cuyas naves ya crecen el cardosanto y la yerbabuena que trae el olvido.

El caso es que me pidieron que bendijera además los clavos que todavía mordían la madera de una que otra puerta, y las cerraduras de los arcones que guardaban las últimas monedas de la venta de reses y las llaves para cerrarlas. Por menester de unos reales para viáticos lo consentí. Entonces un recién llegado, bueno de a caballo, a lo mejor ni bautizado, descubriéndose se adelantó y me preguntó de a cuántos pesos era la bendición de los hierros del bocado, de las rodajas de las espuelas, de la lanza que le colgaba de la cintura. Quedamos en tres reales, porque me explicó cómo se besa la cruz del cuchillo en esas soledades llenas del mal viento y las voces de las ánimas, cuando no del olor de las serpientes de cascabel. Como niños eran, todos parejeros. Hacerlo uno y arrodillarse para recibir la bendición en la lanza fue sentirse menos el caporal y todos los demás, desasistidos con hierros sin el temple de la fe. Allí fue el pujar del caporal y de los otros para que les bendijera cuchillos y hebillas, acaso el único metal de sus vidas, que lo creían talismánico, como las monedas que me pagaron. Recogí un ciento. Sumado a los hierros que pondrían fin al matreraje marcando las reses hasta los confines con la marca del hacendado, más las misas, eran ciento cincuenta. Esa noche cantaron y se pelearon sobre cuál de los hierros quedaba más bendito. No recuerdo la fuerza de las bendiciones lanzadas, pero una de ellas fue

más poderosa que otra. Una lanza encontró su vía hacia un vientre, mientras otra se escapó de la mano. El sucedido pasó como una chispa: el agonizante terminó de sufrir antes de caer al suelo, y todavía antes el heridor estaba sobre su caballo y arrancaba lejos del círculo de cuchillos y de la furia del hacendado, quien juraba que el caporal difunto era ahijado —barrunto yo que hijo de amancebamiento— y poca cosa el infierno si el matador no era colgado de los ganchos de la carnicería, que también había yo bendecido. En el asunto de la persecución desertaron el caserío, no dejando bestia, perro ni bastimento que no ocuparan, por lo que decidí marcharme en mi mula antes de escasear todas las subsistencias y venir a presenciar peor suceso. La persecución atropelló hacia las fronteras, que presumían la única vía del fugitivo, a quien los hierros de marcar habían dejado sin reses y la bendición sin sus últimos reales. Yo tomé el camino de vuelta a mi diócesis, en el día del peor calor del verano. Apenas rompía el silencio el zumbido de los tábanos, el tintineo de los ciento cincuenta reales, que con los treinta del oficio que cobré por el difunto vinieron a ser ciento ochenta. Ya había llegado a la mata, cuando escuché el otro tintineo. Era el mismo bocado de hierro y el mismo sonajear de las espuelas que yo había bendecido entre todas las primeras. Contra la hebilla de hierro chasquéo la lanza de hierro que mi bendición había convertida en fugitiva. Todavía estaba sucia de sangre. La bendición la hizo invulnerable contra el vade retro que le lancé. Pasó a través de él hacia mi pecho, en busca de mi sangre y mis monedas.

Carpión Milagrero

El mar

A medianoche se ha vuelto a morir el abuelo. Me contaba un cuento de cuando era niño como yo y aprendía a dirigir los peces hacia las redes golpeando la borda del peñero con los remos. Como no ha terminado de contarme la historia, lo resucito. Mamá no se da cuenta, porque duerme en el chinchorro, cerca de sus ollas para hacer dulces. Siento que la vela está a punto de apagarse o que mamá se queja en sueños, pero después vuelvo a oír que el abuelo respira.

Ahora esto pasa todas las noches. El abuelo se muere cuando se da cuenta de que confunde unos con otros los recuerdos de las olas y de sus enamoradas. Abuelo me empieza a contar la historia de un marinero que navegaba por muchos mares. Y entonces se despidió de su hija y empezó a remendarle las velas a su trespuños. Y la hija estaba muy brava con ese marinero que quería irse y le decía: no sé qué le ves a ese mar tan feo. Y algún día no regresas.

El abuelo me cuenta que el marinero se hacía a la mar sacando peces claros como soles, hasta que el bote estaba a punto de hundirse por el peso de la luz. Y entonces buscaba el fin de ese mar, porque nadie soporta un viaje que no acaba.

Yo no sé si mamá se queja en sueños porque sabe que el abuelo muere, o porque sabe que todos en el pueblo tienen miedo de comprar los dulces que ella me manda a vender, desde que los otros niños contaron que cuando pongo a girar los trompos nunca se paran. Al fin, tampoco a mamá se la oye. Sólo escucho la respiración del abuelo y los remos de los pescadores que golpean las bordas de sus peñeros allá lejos, en la noche. Sueño que el rancho se mece con las olas. El barro se empapa de sal.

El corazón

Llego hasta el rancho de Candelaria. A pesar de lo vieja sigue animada. Recoge hierbas, les pone trozos de fruta en los árboles a los pájaros, les habla como a criaturas.

—Buenos días, Candelaria.

—Sabía que venías, Carpión.

—Aquí le manda unos dulces mi mamá.

—Mentira. Nadie del pueblo me manda nada.

—Yo se los traigo.

Los pájaros echan a volar. Candelaria los mira.

—Tú no eres del pueblo, Carpión. Tú eres como esos pájaros.

—¿Y por qué soy así?

—Porque quieres.

Me río. Hago aparecer en mi mano un arrendajo, que vuela. Candelaria voltea.

—¡No vuelvas a hacer eso!

—¿Por qué?

—Lo mismo hacía tu tatarabuelo, Carpión Milagrero.

—¿Y qué le pasó?

—Le arrancaron el corazón. Y se lo dieron a los perros.

La Luz

Mamá me para contra el rincón, castigado por subir al monte a visitar a Candelaria en lugar de vender los dulces por las calles del pueblo, donde la gente cierra los postigos al verme pasar. Estoy triste. Hago detenerse el sol en el medio del cielo.

El día no acaba nunca. Los niños no tienen que dejar de jugar. En la plaza sigue su gritería. El susto de la luz que no muere o mi juego con los arcoiris hace que los padres se encierren. Hago que los papagayos levanten vuelo solos. Pongo a bailar todos los trompos abandonados en las calles. Oigo el tumbo de postigos que los vecinos cierran. Todos tiemblan, encerrados en sus casas. Se oye la campanada de la iglesia y el zumbido de los rezos. El murmullo de trompos que giran lo cubre todo.

Sólo algunos viejos que toman el sol en la plaza ven cómo hago aparecer dulces en todas las aceras. Mi madre, desde la puerta, mira las calles llenas de coquitos, bienmesabes, tajadas, polvorosas y melcochas, hasta donde alcanza la mirada. No puedo verle la cara. Al rato deja el rancho y echa a andar hacia el monte, lejos del pueblo. Hago que los peces salten desde el mar a la arena.

Están cerradas desde adentro la Iglesia y la Escuela y la Jefatura Civil. Y en cada casa hay súplicas, pero sólo les contesta el resplandor, que relumbra hasta las afueras del pueblo. Hasta la casa de Clara.

Clara es una muchacha tan bonita, que siempre ha vivido encerrada para evitar que todas las gentes se enamoraran al verla. Porque el amor es el más peligroso de los milagros. Ahora puede salir, en esta medianoche que relumbra, al pueblo que parece cubierto de espuma. Para ella es el arco de los papagayos que vuelan y el fulgor de los dulces en las aceras. A lo mejor tantea ya el postigo. A lo mejor por la rendija atisba la gran luz donde podrá por fin pasear. Pero lo que más la atrae son los arcoiris que centellean de tejado en tejado. Yo sé que ya toca la puerta de la calle, en un sale, no sale, de salir a pasear su hermosura. Entonces mi madre regresa del monte, y contempla sus ollas de melaza sobre las chamizas apagadas.

—Candelaria me mandó que te dijera— susurra, limpiándose las manos en el delantal— que ahora que los dulces crecen en las aceras, ya no sirvo para nada.

Ahora sé que Clara Bonita no cruzará esa puerta, porque suelto las estrellas sobre el pueblo. Los viejos duermen entre trompos derribados y papagayos que llueven poco a poco. Mamá no dice nada, pero sopla para encender sus chamizas bajo las ollas. La noche es tranquila. Las olas arrastran peces lejanos.

Mamá canturrea. Dejo morir al abuelo.

La oscuridad

Más tardecita, vuelvo al pueblo, gritando para vender los coquitos, suspiros, bienmesabes, dulces, dulcitos, polvorosas, melcochas, suspiros que nadie quiere.

Bajo una luna triste, como de sal, cae la tarde. Los postigos se cierran a mi paso. Sólo uno se abre. Por la rendija aparece una mano. Es la mano de Clara. Me pasa unos centavos, se guarda suspiros blancos como espumas. La mano casi me acaricia.

Clara deja abierta la ventana.

La planta insolente

¡Los muertos a quienes ultrajaron están tibios
Nuestras heridas no han dejado de sangrar
Y dices que les vendiste nuestras fuerzas
Para ayudarlos a cobrar!
Rudyard Kipling: *Los remeros*, 1902

Ayayay mamaíta, le digo que yo me fui derecho hasta el río a recoger agua. No me pegue mamaíta le juro que no me entretuve recogiendo piedras de matar iguanas. Tampoco me distraje, ayayay, viendo los barcos de hierro con cañones y banderas bonitas que anclaban frente al puerto. No me demoré por la iglesia donde las beatas decían que se acababa el mundo. Tampoco miré a los soldaditos que tumbaban cocoteros para poner en el castillo troncos que parecieran cañones. Tampoco anduve en la barbería donde el barbero decía que la oposición y las compañías del asfalto habían llamado a los acorazados extranjeros para que le cobraran las deudas de los gobiernos anteriores al de ahora. Derechito me vine, sin ver al sacristán que tocaba las campanas a rebato, sin pararme a ver las lanchas que atracaban en el puerto y los musiués como soldaditos de plomo con bayonetas que ponían pie en la playa y en el muelle y en las calles y en la plaza. Yo me fui, mamaíta, de verdad, sin seguirlos hasta el mercado donde había tanto curioso y tanto alborotador mirando cómo los musiués iban de almacén en almacén saqueando sacos de harina y costillares de reses y barriles de manteca. Así estaba yo de apurado en venirme que ni me fijé cuando silbó la primera piedra y cayó el marino rubio de bigotes grandes con la frente partida y el gorro manchado en sangre. Que yo no vi nada mamita porque ahí mismito comenzaron los marinos a disparar con sus máuseres y la gente a tirar adoquines y el mercado quedó patas arriba y ahí no fue que me escapé por el matadero y

se me partió en pedacitos la pimpina para el agua, ayayay. No vi siquiera cuando los marinos se llevaban al apedreado en hombros para las lanchas, mucho menos miré cuando el acorazado mandó el primer cañonazo que las paredes se sacudieron como temblor de tierra. Corrí a esconderme mamaíta y así no pude ver cómo del castillo tocaban corneta y contestaban con el cañoncito viejo que se carga por la boca y reventó al tercer disparo. Bien lejos estaba yo escondido para no angustiarla a usted, mamaíta, por eso no me junté con los muchachos que aplaudían cada vez que reventaba el cañonazo y toda la mañana cañonazo y al mediodía cañonazo y a la tarde cañonazo y echamos a correr cuando voló el muro del cuartel y la polvareda tapó el pueblo y los musiúes con máuseres tocando redoblante entraron en la iglesia y quemaron los papeles viejos y se robaron las campanas en carretillas. Tan lejos estaba, que no me quedaron silbando los oídos y tampoco vi cuando el acorazado grande se acercaba a toda máquina para cañonear mejor y encalló en los bajos de la barra y se quedó pegado echando tanto humo por las chimeneas, haciendo señales con banderas a los otros acorazados que no se acercaran para no pegarse en los bajos. Yo estaba escondido mamaíta le juro que bien escondido lejos para no angustiarla, y no vi los muertos cubiertos con sacos de sisal ni oí los discursos en la noche en la plaza, el jefe civil que leía un papel del gobierno que dice la planta insolente del extranjero ha profanado el sagrado suelo de la patria, el secretario que juraba que ese día había contado mil seiscientos bombazos y anotaba a la luz del candil los voluntarios que se presentaban a alistarse y enrolaba a los que traían machete o báculo y a los otros no había armas que darles, y el maestro diciendo que con la muerte del marino musiú el bloqueo de los quince acorazados de Inglaterra Italia y Alemania para cobrar la deudas externa se había vuelto guerra con las tres potencias, y

el telegrafista que es masón, que ahora los gringos por la doctrina Monro pararán esta invasión para no partirse América con los musiúes, y el barbero que es espiritista que iquique los ingleses, los alemanes y los italianos al no poder repartirse el país van a matarse entre ellos para partirse Europa, y el cura que el siglo va a empezar con Armagedón una guerra grande como fin de mundo, y arrepíentanse que por el pecado de uno llegará el fin de los tiempos, y las beatas con aquél rosario en la oscuridad que parecía que de verdad lloraban por todos los muertos del mundo y ni así se supo mamaíta ayayayay quién fue el que tiró la primera piedra que mató al musiú de los bigotes rubios y que era una piedra grande, redondita, lisa, de esas que yo no recogí para matar iguanas.

Tregua

Las sirenas anunciaron la tregua y bajamos al río desde lados opuestos. Bebimos y llenamos las cantimploras. Un momento nos quedamos sentados en el cauce que nos mojaba, pensando aunque ninguno sabía lo que pensaba el otro. Había tiempo y me lavé la cara y hundí la cabeza y sentí un gran alivio. Luego sonó la primera sirena y sin hablarnos nos retiramos, mirándonos. Cuando la segunda sirena sonó disparé primero, y allí quedó tendido para siempre a la orilla del río que sigue pasando para siempre.

La catarata

El vuelo desde Panamá hasta la selva de Guayana se lo hago en mil dólares, míster. Si no me paga adelantado, son dos mil dólares, ida y vuelta. Considere la distancia. Considere las escalas. Considere que arriesgo a Flamingo si aterrizo, como usted quiere, en la cima de una meseta en plena selva. Considere que me llaman Ángel, pero tengo los pies en tierra.

Considere, míster, que en mi vida he visto muchas cosas, pero ninguna como ésta de aterrizar en una meseta en plena selva, dejarlo a usted internarse en las espesuras cargado de sacas vacías unas horas mientras reviso el motor y el tren de aterrizaje resentido, y verlo regresar cargado de sacas llenas, y que de regreso en este burdel de Panamá usted me pague los dos mil dólares en oro en polvo y desaparezca dejándome en el alma esta espina y este oro y esta duda de si encontraré o no encontraré de nuevo la meseta entre tanto río y tanta selva y tantas mesetas de las que se despeñan ríos y nubes.

Considera, Flamingo, que toda tu vida has sido un buen aeroplano y debes llevarme otra vez a la meseta porque si no tu dueño va a volverse loco, Flamingo, transportando mineros en Guayana, aterrizando en pistas como pañuelos en esta selva donde caer es hundirse como un guijarro en un lago, revisándote el motor, improvisando reparaciones. Eres más austero que el Wright Flyer, Flamingo, más seguro y paciente que la Jenny en que aprendí a volar. Más estable que el Curtiss biplane, más esbelto que el Bee Gee que mató a Russell Boardman, más exacto en tu forma que el Ryan de Lindbergh, más sensible en tus mandos que un Mulligan. No más nobles que tú ni el Spad ni el Nieuport, no más ágil el Camel. Tu motor anonada al V-Liberty y tu empuje doblega al del Grumman. Y tu impulso al del Fokker. En mi pecho repercute el poder de tus alas y corroe mis sienes el orín de

tus cables. Y todo cambiará cuando aterricemos en la meseta del oro. Damasquinaré tu propela; filtros de aceite de jade y bobinas de platino te instalaré, Flamingo. Lubricaré tus bielas con esencias suntuosas, con oro recamaré tus timones. Con cuentas de perlas ornamentaré tus escapes y tus barómetros usarán plata líquida y entorcharé tus largueros y en la noche volaremos como columna de llamas. De Wichyta a Tucson, de El Paso a Nevada, te pasearé por los bares clandestinos y las casas de juego. adornado como un torero, orificado como la boca de un rico petrolero de Kansas, barato y sentimental como un arcoíris. Desde los campanarios de las iglesias los pastores te confundirán con un ángel. Y con bandas marciales del *Salvation Army* predicaré la buena nueva del dólar, el whisky y las *drum majorettes*. Frente a nosotros se darán los rodeos y Tom Mix aureolará nuestras frentes con el resplandor de su sogá. Y estaremos envueltos en luz, siempre allí y siempre yéndonos, como una catarata.

Como esta catarata que me has traído a ver, Flamingo, cayendo desde el mismo sol, a tal latitud, longitud y altitud de una región ignorada de los mapas y de los pensamientos, Flamingo, y me emborracho porque no sé si la he visto o no la he visto, porque esa catarata que cae desde más de un kilómetro no puede existir al mismo tiempo que tú y que yo, y ahora el problema no es buscar la meseta sino perder esa catarata, alejarnos de ella, de este chorro de espejos que horada hasta el centro de la tierra y de mi cabeza.

Y ahora, Flamingo, estúpido, te has dejado atrapar en esta ciénaga del alto de la meseta desde donde cae la catarata. Te vació la carga, hijo de puta, y sigues encallado, las ruedas en el barro, la panza sucia de greda, y primero volará un cerdo de los mataderos de Chicago que tú, que me dejas abandonado a la catarata. La catarata me corta las alas y mientras desciendo el talud a pico de más de mil metros de la meseta y vago por

la selva me arranca la ropa y las palabras y poco a poco me arranca los recuerdos hasta que no soy nadie en particular: indistinguible de una de las gotas de los ríos que nacen de la catarata o de los indios que me siguen sigilosamente sin hablarme y sin que yo pueda hacerme entender de ellos igual que una gota de agua no puede hacerse entender de otra ni existe en un momento determinado de esa eternidad ruidosa que resplandece y nos ciega mientras se hunde en cada remanso y llena el interior de nuestros ojos o el aguijón del insecto que nos muerde y el borde de las hojas y la ondulación de la serpiente y el pasar del tiempo dentro del cual nos movemos y que circularmente como una gota se mueve dentro de nosotros. No diferente la muerte de la propia vida ni de las nubes de insectos entre las cuales se avanza como entre polvaredas, ni del limo de los torrentes en los cuales se nada como en la propia sangre. Por escapar de la catarata me vuelvo raudal de actos perforando la selva. Y así había sido siempre y así sería. Porque para siempre y desde todos los tiempos acerco mis labios a las lianas cargadas de agua, aplasto con el talón arañas grandes como puños, devoro sus vientres, arranco de mi piel alimañas que trituro con los dientes, y esta eternidad no dura un segundo: el de la perennidad de los sistemas de garras y membranas, de alas y aletas, de semillas y tóxicos, hasta la edad remota en que regreso a la civilización sólo para volver tantas veces como carne o como ceniza sin poder ya dejar de precipitarme eternamente en la catarata.

Siete güiripas para don Alfredo

1

Bajo el mosquitero la niña Justa cierra con fuerza los ojos porque si a las nueve de la noche no está dormida verá las ánimas, que desfilan por las calles del pueblo recogiendo sus pasos. Se lo dijo la abuela, que ronca junto a ella mientras en la oscuridad se oyen las campanadas de las ocho, de las ocho y media y de las ocho y tres cuartos, y el silencio se va haciendo profundo como un agua en reposo que se aclara y deja percibir las cosas más hondas. Ahora ella cierra con más fuerza que nunca los ojos porque la campanada como un relámpago ilumina las calles: una cegadora procesión de ánimas busca minuciosamente sus pasos: muchos de ellos confluyen hacia la cama: y este horror no cesará nunca, porque las gentes han dejado demasiados pasos sobre este mundo que les impiden remontarse al cielo, y cuando el último sea recogido, ese será el que ha dado la niña hasta el sueño y su piecico pisará desde entonces la noche estrellada.

2

La niña Justa busca en todo el pueblo para adornar el papagayo y en ningún sitio halla nada bonito de eso que a veces traen las quincallas. Ella entonces ve brillar en el cementerio la mostacilla de la banda de una corona cuyo nombre no sabe leer, con la cual adorna las cintas de los brazos y de la cola y cuando lleva el papagayo de paseo por la plaza como se lleva un hermanito viene el señor que le dice devuelva eso antes de que se ponga el sol o va a aparecérselo el difunto.

Ella corre hacia el cementerio y el papagayo que arrastra quiere volar mientras el sol se cae como un papagayo cargado de brillo de mostacillas. El cementerio está lejos y el horizonte cerca.

El gran globo del sol toca el horizonte y empieza a opacarse mientras el papagayo brilla con el dorado de las mostacillas: en quién sabe cuántos latidos más se cerrará el ojo del sol y ya nunca se podrá encontrar jamás la tumba.

Desde entonces sólo será adornada por el brillo de los cadillos y las escamas de las pieles dejadas por las culebras que se enroscan en las malezas.

3

En la noche siempre anda pateando latas el borrachito Rondón, y armando escándalos hasta que Mario el policía lo pone preso y se lo lleva al único calabozo de la jefatura de Guanape para que no se haga daño y así es todos los días hasta que una vez Mario deja de ponerlo preso y al día siguiente encuentran a Rondón muerto en una cuneta donde se quedó sin patear la última lata.

Mario entonces fue por todo el pueblo recogiendo contribuciones para el entierro de Rondón y en vez de bebérselas en efecto le compró urna y flores a Rondón y hubo con qué pagarle a los sepultureros y fue uno de los velorios más sentidos del pueblo porque borracho es como perro bobo, que todo el mundo lo quiere.

Mario que había salido en comisión volcó esa noche la patrulla y se mató y los enterraron el mismo día de manera que cualquiera podía imaginárselos Rondón divagando de un sitio a otro y Mario detrás de él diligente con las llaves para llevárselo derecho al calabozo del cielo.

En los velorios de la familia hay siempre que tapar los espejos con trapos negros para que no haya dos muertos. Si la medianoche del Año Nuevo se enciende un fósforo frente al espejo y se dice el nombre de un difunto, la imagen de éste aparece en el espejo. Si la imagen que aparece es la de la propia cara, hay que pensar que somos y que no somos; que vagamos en un pueblo que ya no nos pertenece y en el cual por eso han tapado con velos negros todos los espejos.

La noche cuando todos corrían del pueblo porque la tropa de Antonio Arispe iba a venir a quemarlo de nuevo, la señora Celeste dijo que él no podía venir a quemarlo porque en el crucifijo de la mesa había visto que a Antonio Arispe lo acababan de ahorcar en otro lado.

La señora Celeste se fue poniendo pequeñita hasta que una hermana la llevó cargadita al cementerio, en tiempos cuando todavía enterraban en hamacas.

La familia convocaba entonces a una hora señalada diciendo: es hora de llorar por mamá. Y todos rompían en llanto a esa hora indicada, cada día durante más de treinta años.

Parido fuiste bajo amenaza de tumba, bajo amenaza de eternidad tus suspiros y tus anhelos. Al fin sabrás que son lo mismo. Pero llegará un día cuando todo llanto se seque pues no habrá ojos para verterlo. En este mundo desconsolado, aparte de éste no hay más consuelo.

Luminosa luz luminosa luz luz luminosa siempre estarás allí siempre te acordarás de las cosas más nimias el hermano de la niña Justa bautiza todo lo que nace en el patio de la casa bautiza los gatos los perritos los pollitos que salen del cascarón y pían tras el vientre culicagado de las gallinas. Luminosa luz, así es preciso, la gota de agua de la gracia los acompañará en todo trance de esta vida. Nunca los descubrirán a la niña Justa y al hermano a quienes la vida separará por tan distintos rumbos y él seguirá siendo hasta la consumación de los siglos quizá el más inocente.

Los papeles los organizó papá en cajones. Allí está todo guardado en la sala. El soporte del tejado es de tiras de bambú. Parece de lejos cañabrava pero no es cañabrava. También para tejados se usa esa otra fibra que ya no recuerdo. Las vigas resisten bien. Estos muros sabe Dios cuándo se harían. Quizá cuando la iglesia. Estas flores son las güiripas. Donde se las siembra, prosperan.

De esa mata no me acuerdo el nombre: hay quien la come. Hay un alemán que visita esto de vez en cuando y con lo que encuentra en el descampado come. Conseguí estas estanterías viejas de hace siglos que iban a quemarlas. Desde el alto se domina mejor el paisaje y el verde que están acabando las talas.

De las anotaciones hay muchas versiones; en esos papeles están muchos recuerdos. Allí están todas las vidas. Papá anotaba todo. Son como cincuenta cajas. Mejor entrar por este cuarto de al lado porque la puerta principal tiene echada la tranca. Por la sombra es que hay tantos mosquitos.

Cerca del río están tumbando las casas y encima del viejo patio de la Iglesia pusieron ese bulevar con faroles de barbería. ¿Para cobrar una comisión? Quién sabe.

Aquella es la talla de Cristo que hizo el tío abuelo y esa lápida en el piso de la iglesia es de la tatarabuela. Uno pide una ayuda para ver si se restaura el piso como era pero todo está muy confuso. Parece que están vendiendo el país y ya uno no sabe adónde dirigirse porque cuando uno vuelve la oficina donde habló a lo mejor ya no existe.

Yo pienso que podré poner en orden los papeles leyendo los papeles mismos, porque después del accidente no recuerdo las cosas. Yo no sé si podré ponerlos en orden, ahora que estoy sin memoria. He preferido venirme para acá. En otro sitio no se puede estar.

Los gestos del cielo que son las nubes se van ordenando hasta llegar a la limpidez, que es el olvido.

Ya más nada puede ser dicho. Cesó el tormento.

Venganza

Después de tantos años reencuentro a la que me ignoró completamente cuando muchacho y disfruto la venganza de verla vieja tan acabada tan arrugada. Ella no puede verme porque sólo el recuerdo hace visibles los fantasmas.

Muerte de Doñana

Doñana no está aquí, ni está en su vergel. No poda la rosa ni corta el clavel. Doñana se fue paseando hasta las puertas del cielo, donde no la dejaron pasar porque el cielo no existe. Ni ella tampoco.

Muerte de Mozart

La muerte comunica al joven Mozart que no puede segarlo porque nadie es capaz de componer un Réquiem digno de conmemorar la muerte de Mozart.

—¿Apuestas?—dice Mozart.

La mar que es el morir

La mar se va muriendo ola tras ola.

Última

La última muerte se me olvidó, que es como si hubiera muerto doblemente.

VITRALES

Historia de tiempos idos

Umbríamente asciende la esencia del jardín, regado en las tardes, desmadejando hojas y tallos en el ámbito del patio: en ese sitio los habitantes lo contemplan: poco a poco ese jardín avanza hasta los cuartos y sube por las paredes escamadas de estampitas de los santos: asciende hasta las claraboyas de los techos y hay un sólo olor de menta. Los habitantes beben infusiones ahora que las raíces hacen cada vez más difícil mecer las mecedoras. En algún momento arraigarán, por qué no, las mecedoras, y también los habitantes, en una participación de la savia. Espinarán, verdecenán. Todo en esta tarde larga y con hormigas.

Senserí viene en su caballo como envuelto en torrentes; en los torrentes en donde se bañan caballos con sus caballeros y quedan desde entonces acataratados, sin poder entrar ya más en las estancias. Lycopodia es ya toda ella un rincón: pensaba que él venía pero él ya no vendrá: flautas de magia en la

oquedad de sus manos finge Licopodia, pero sólo se abre la cañabrava de los techos y deja entrar torrentes de luz. Acaso ella fuera santa, pero todo huele muy fuertemente todavía y las cosas gravitan sobre tierras atormentadas, como si tratárase de clavices de hierro: Senseré caballero en su caballo medita frente a una reja que se herrumbra; Licopodia entume una a una sus meditaciones; la abundan cadillos; una voz de los sapos lejanamente se declara y en un cielo crepuscular muy lejano canta un ángel: marineros indecisos acumulan aparejos como hogueras sombrías. En un pomo de olor que Licopodia abre se va su vida tenuemente. Los habitantes dejan ese pueblo por lo cortantes que desde entonces son sus hierros.

Calles de tresillos. En espiráculos bordan manteles. Cómo se llaman esas hierbas fieras, enarboladas de pelusas, que debemos separar sobre las tumbas. Cómo es de dura la ley de estas lámparas que lamen de fiebre donde iluminan. Todo lo demás es limoso, chupa, va desguarneciendo el ser en una noche que dejará los paisajes reducidos a huesos. El esqueleto de una nube flota martirizado sobre el campanario que lo aprisiona. La transparencia de los instantes de esta noche transcurre entre tablilledeos.

Menos mal que hay la ventana en forma de estrella para filtrar el tiempo con vidrios iluminados. En cada punta una estrella de sal abre a otra estrella de vidrio que abre a una estrella de quina. No se oye moverse a nadie en las calles.

Senseré duerme en una música bronceína, antojándosele todo su cuerpo acardenilladas trompetas que vibran un dolor peor que el de los amores carcomidos por la muerte. En la forma de un velamen que la misma calma desinfló, ha adivinado el desbanderamiento y las ya irremediables santiguaciones de la agonía de Licopodia. Un tumulto de caballeros lejanos cala yelmos acebollados: cómo claman sus lanzas por la heráldica paloma que los sobrevuela: por qué se enzarzan las zarzas

contra todo lo descrito: unos ojos se cierran acrisolando lágrimas y las herraduras dejan escritos en polvos apacibles pergaminosos romances: hay copones eucarísticos donde se agria el vino de las memorias perdidas: una sola gota mancha un mantel remendado: sobre él, rotundo, un pan incomible y amargo: encaracolado en su propia circunvolución como el corazón de un muerto: Senserí triunfa batallas imposibles enflechado por canutillos gráciles: sus manos sepultan el belfo húmedo de mastines que olísclanlo: sólo sabe a diluido vinagre o estancias desleídas o al agua sabia de las cascadas que diluyen eternamente a Licopodia, bajo las criptas construidas según reglas armónicas deducidas de los rayos y los relámpagos que brotaron de aquesa nube; sobre todos ellos llueven granos de mijo: en las más enminaretadas torres se enroscan los dragones.

Senserí encuentra a Licopodia en una nube; Licopodia encuentra a Senserí en el escarabajo; uniones nupciales fracasan infinitamente en el recuerdo; tras los velos hay sólo rostros de ancianas y las copas ofrecen aceites amargos: ungidos somos con espuelas que dejan besos en las frentes: una endemoniada roca que agrupa en sí todas las rocas repercute las imposibilidades en cada cámara y cada espesor de sus cristales: pero ya pasará: una bestiola pútrida descabalgua y Senserí rezuma en limpia llama: ésta va quemando el delirio hasta sólo distanciar del mismo dos instrumentos exactos: el clavo della que tomó en sus manos en el último instante como una flor de frío: dél la hebilla: ciñó o descñó inútilmente: ahora se han ido sus vísceras: Senserí desplégase y entormenta el fondo de baúles cerrados para siempre: la flor superior de un vitral ha roto el más enceguecedor de sus pétalos y nunca sabremos nada dello, mientras tejen tan sabiamente las arañas.

Forzamiento de la exaltación

Cuatro caballos blancos la traen sobre una playa espejeada de aguas.

Su más deseable raja se abre como un fruto.

Adentro huele a granadas, o a esa fruta que mezcla granadas con todas las demás.

Por otra parte, lejos de ella, despedazamos nuestra frente contra un escollo.

¡Es peligroso todo! ¡Es peligroso!

Peces hechos de baba alfombran la cabalgata mientras por el horizonte corren trombas lejanas.

Un vástago de caña para azotar las caras internas de los muslos. Agujones engarfiados para castigar los flancos de la cuadriga que atontonela con sus cascabeles.

¡Forzamiento en esta playa desierta!

¡Oh qué figura surgirá cuando cuaje una verga raigal disparando radículas, creciendo, aflorando sus pelusas, rizomas en el mundo de los ojos della! Toda la espuma de las olas embanderolará nuestros cuerpos (entonces hechos de espuma y de semillas secas dispersadas). Pero nos envenenará el azul junto al escollo.

Forzar forzar forzar este cuerpo tan leve.

Cuatro caballos blancos

pisotean

la sangre.

Pájaro y caracola, marejada y arena.

¡Ojos con que miró, que nunca llegué a mirarla!

Tardío como fue el odio, más me ligaron los actos.

Sobre la playa de espejos espuman cuatro caballos.

Suite

Máximo Común Denominador vive en casita hecha de caracoles y con rica argamasa de tiza; desde allí dispara compases de espera y piedras de escándalo hacia las esferas efímeras donde vive Petrona Concha Natividad. Por todo eso hay un herbajo que comen los conejitos mientras escuchan los oboes del señor de los pirulíes encarnados. Chisperíos de estrellas rebotan a veces sobre las cúpulas. En ellas dejan hilos que tintinean con las brisas. Oiga usted, señora arrebujaada en los armiños vivos que le secretean las formas y los cuándoos y los cómoos de los lechos de virutas de cobre en los cuales nacen fresas de cuyas transparencias fabricamos vidrieras. Corazones como relojitos suenan bajo las baldosas de tantos colores. ¿Qué pasará entonces? ¿Y cómo, señor, poner coto a los niñitos vestidos de enanos que batallan dándose golpes con gorras verdes? Ahora es más intenso el olor de las adormideras. Con un sabor de menta nos despertaremos mañana.

Rayo de sol, acerada gémula, erizo de púas metálicas que acercar a las mejillas. Adentro suenan cascabeles. Pero por qué adentro también el olor a polvos de arroz, a perfumes perdidos, y esa gotita de agua que nunca se seca y que amplifica las venas del cuarzo y el latido de las sienas. Así nunca vamos a poder contar las hojas de las navajas ni saber el aceite que vive en las semillas. ¡Tantos espejos que han fracturado las imágenes! ¡Cómo sabremos jamás si la más bella idea se disolvió en un terrón tan profundo que apenas las raíces podrán embeberse! Pero ya un hilo verde nos nace de la lengua y aspira a encontrarse con dedales. Todo se irá dispersando a medida que nos tranquilicen las espumas.

Tácita crátera nacarada donde también aguarda la alimaña amarga a la que hay que enfrentarse desconociéndola. Arpegia

nebulaciones y nos distrae templando cuerdas metálicas. No le reconocemos más destino que el de las papadas de los óleos antiguos, si acaso rosadas cintas de las gavetas viejas. Ese será el tormento de la madera de los tantos cofres. Apenas si la rica dicha de estar repletos de bolitas de vidrio. De su veneno nacerán rosas con pétalos de estaño. Clavadas como puñales en los ataúdes, permanecerán sin embargo atentas. Las llamará aquél suspiro, este perfume, aquella pila bautismal, una zarza. En el rincón marmóreo germinan calaveras.

Extraemos de la larga pipa blancas hebras de humo que quedan trenzadas en las anatomías, y quizá nos atan las palpitaciones. Lanzar una moneda en la soda, llegar a traficante de burbujas, plantearse el problema del estiramiento de los hilos de las espirales. Papagayos hay que comen orugas, y las mariposas les nacen en las alas. También el olor agrio de la orina mojando los periódicos. Algún limón viejo imanta la perfecta sombra. Allí se romperán mis espejuelos. Las lechugas se abren trémulas y un serrucho las troncha ensagrentándolas. No encuentro telarañas.

El vacío repleta las esponjas.

El obispo

Por el ventanuco en la pared entra la niebla. El obispo Berkeley lo cierra con un postigo de cristales que es otra desleída niebla. Parece como si el mundo externo dejara de existir. A la luz de una vela vacilante rasguea con la pluma de ganso: *Esse est percipii*. Existir es ser percibido. Pues aquello que nadie percibe no existe. La vela se apaga.

El obispo Berkeley pasa sus azuladas manos sobre el papel, que ya no se distingue de la inclinada lámina del atril. Me pregunto si aún existo, piensa. Sí, todavía palpo esta tinta viscosa como sangre. Si la frase que he garabateado en ella tiene éxito, alguien la percibe, la comunica a otros. Mientras ese otro me perciba existo.

La penumbra se agrava. El frío crece hasta adormecer el tacto de Berkeley sobre el helado papel. Berkeley piensa en las cosas no percibidas a su alrededor, que no existen ya para nadie: los dibujos de la humedad en la cara oculta del tejado de pizarra, las vetas internas de las baldosas del piso. Entonces tiene la visión de las cosas que dejarán de ser percibidas antes que él: el buen panadero del barrio, y el gato de la sacristía, y el punzante piojo que en ese instante lo martiriza se desvanecerán, mientras que el recuerdo de Berkeley permanecerá, como un rayo de luz en la tiniebla. Como arrebatado dentro de ese rayo, observa el obispo la gradual desaparición de su entorno: a medida que pasan los años y quizá los siglos, las cosas se abisman en la nada cuando dejan de ser percibidas o recordadas, mientras que un fulgurante haz de atención se concentra sobre Berkeley. Pero no sobre todo Berkeley: casi sin terror advierte cómo se desvanecen el recuerdo de las babuchas que usó de niño y la aflicción de su reuma y su mansa caspa, mientras la luz, casi perforante, lo reduce al cáustico *Esse est percipii*. Me perciben,

piensa Berkeley. Desde el futuro, alguien me da existencia: ese alguien para quien son ya impenetrables —por tanto inexistentes— el rezongo de los cocineros en el refectorio y el padecimiento que causa mi uña encarnada, ese alguien recuerda un ápice de mí, y me salva. Aun más, ese alguien deduce de mi fórmula que si existir es ser percibido, la vida es un juego donde el poder equivale a la capacidad de transmitir información y de resistirse a recibir información no deseada. Soy poderoso porque otros saben de mí aunque no quieran: mi poder frente al pollo que he de cenar se mide por la capacidad que tengo de hacerle sentir la mano que ha de retorcerle el pescuezo, de negarme a conocer su dolor. Pues si esa criatura pudiera comunicármelo: si yo lo percibiera en su absoluta integridad, no podría tolerarlo. Su sufrimiento regiría mi destino.

Así, pues, no es Dios quien me percibe —piensa el obispo Berkeley, remontando como una polilla en la dolorosa intensidad del haz cegador que perfora el olvido. Pues si Dios me percibe, si hay un Dios para percibirme, ese Dios me abarcaría en mi totalidad, y yo sería Él. Alguien me percibe en el futuro, pero sólo fragmentariamente, sólo aquella porción de mí que le garantiza felicidad o poder. Alguien que no conozco me recuerda o me estudia. Pero si la existencia o el poder equivalen a ser percibido, soy entonces más poderoso y más real que esa sombra que me escruta, de la que nada sé salvo su ausencia.

En ese instante, crepita una luz —Berkeley piensa un instante que renace la llama de la vela— y luego la precaria chispa que es Berkeley se ve inundada por una explosión de claridad que lo habría hecho cerrar los ojos —de haber tenido todavía ojos, o el alivio de ser consolado por la oscuridad.

Pero Berkeley no es ya más que un receptáculo. A pesar de pertenecer al pasado, no escapa a esta revelación: si ser

consiste en ser percibido, y la magnitud del ser es equiparable a la cantidad de esa percepción, el tirano del futuro usa todos los vehículos sensibles para informar de su existencia al universo, mientras coarta la capacidad del universo de recíprocamente manifestársele. A través del abrumador asedio de la imagen, la palabra, el sonido y quizá el olfato y el gusto y el tacto, este tirano manifiesta su presencia al universo entero, al tiempo que reduce al universo entero a la ausencia. Así que Berkeley ha sido rescatado meramente para presenciar la soberbia de una esencia que en su manifestación no respeta siquiera los tranquilos golfos del pasado: cual nueva clarinada del Apocalipsis, de sus tumbas levanta a todos los que lo presintieron, para someternos al insensato martirio de su contemplación. Pues el poder del tirano se debilita por el mero hecho de admitir un pasado que le hace sentir la existencia de algo exterior a él. Berkeley se sabe conservado por un instante sólo para contribuir a la manifestación de aquel ser que informa a todos de su propia existencia sin admitir información de la existencia de otros, los desterrados, los hijos del vacío, en ese instante todos junto con el obispo Berkeley cayendo en una oscuridad mil veces peor que la nada donde siempre percibirán sin ser percibidos, en la dolorosa nulidad de la sombra en donde también cae el tirano, cuyo ser sólo consiste en que una sombra lo piensa.

El libro

Tuvo la experiencia común a toda la humanidad de haber leído un sólo libro. Una tarde de la niñez cansado por los juegos lo abrió y lo siguió hasta el final inesperado. Mucho tiempo lo olvidó debajo de la cama. Adolescente lo releyó fascinado por las figuras femeninas. En la juventud fue el protagonista y encontró en su vida real los otros personajes. Tomó gestos del héroe como decálogo de conducta. A punto estuvo de terminar su vida como él. Muchos años dejó el libro en una gaveta. Lo hojeó al azar. Encontró raros ritmos en la prosa. Cosas por decir más allá de lo decible. Años más tarde lo halló en el fondo de un escaparate. Algo no estaba bien. Lo que había parecido elegante triunfo del protagonista era quizá derrota. La solución era a lo mejor entrabamiento. El fin sugería otro comienzo. El libro amarilleó en el fondo de una maleta. Allí lo encontró antes del viaje. Posiblemente el autor había puesto cada palabra para que fuera comprendido lo contrario. Otra vez lo rescató de una papelería. Podía ser que la transparente historia no fuera anécdota sino emblema del desorden del mundo. Luego localizó el volumen entre cartas viejas y un cortapapeles oxidado. Evitó abrirlo, cansado de sustitutos de la vida. Volvió al ejemplar después de un desastre. Se le antojó que el trivial enlace de anécdotas era revelación total, y culpa suya la incapacidad de penetrarla. Se sorprendió una vez recordando el libro enteramente distinto de como era. Inútilmente buscó en él frases o pasajes que creía recordar perfectamente. Lo abandonó para siempre. Una tarde de tedio lo reencontró entre un desorden de papeles. Las palabras le remitieron a los olores y sonidos del mundo en cada una de sus anteriores lecturas. No volvió a encontrar jamás el libro original. Compró en un remate el mismo título. Lo releyó con el desasosiego de que el formato, la edición o la versión

lo enfrentaban a un libro diferente. Se acostumbró a consultarlo a la ventura, como oráculo. Cifró letras y palabras buscando en los números el rigor que estropeaban los vocablos. Se sintió llamado a comandar una religión o un imperio que hicieran el mundo a semejanza del libro. Soñó que lo leía y que a través de la óptica del sueño cada sentido era diferente. Otra vez entendió que el libro sólo era alusión o emblema de otro libro enteramente distinto. Evitó el tomo durante los años siguientes. Sus incidencias podían ser clave de un destino cuyo final no le interesaba anticipar. Alguna vez recayó en la tentación del descuadernado legajo. Encontró sólo mediocridad, prepotencia, artificio. Se maravilló de la inocencia que en tantas lecturas había creído encontrar tantas cosas. En otra oportunidad releyó de atrás hacia adelante. Sospechó que esa misma aridez era el encanto. En una temporada ociosa localizó volúmenes que comentaban el libro. Cada uno de ellos parecía referirse a una obra distinta. Perdió años urdiendo sistemas de interpretación que explicaban el libro. Cada uno era definitivo y diferente. Luego extravió voluntariamente el amasijo de hojas tan distintas cada vez que las miraba. En la lectura final intentó leer lo que sucedía, no en la hoja borrosa ni en su mente sino en el combate entre ambas que era leer. Al pasar los ojos sobre las manchas de tinta las encontró vacías de sentido. Descansó profundamente.

Pintor

La tela ha de quedar bien lisa, como eran los campos de mi heredad. Entonces he de imprimarla en blanco, como la luz que sobre esos campos caía en mi niñez. Sobre ella pinto las formas angélicas: del blanco van y al blanco vuelven. Allí, en el centro del fulgor, de nuevo reservo el espacio para intentar pintarte. Pero primero los pinceles gruesos han de figurar la tierra árida disuelta en los aceites de la escuela italiana. Encima, la agrupación de cuerpos cuyo alargamiento parece sorbido por la altura. Trazo primero sus almas. Luego las cubro de carne para al fin sepultarlas con el fingido emplasto que semeja telas, encajes, corazas. Critícanme esos tonos. Dígoles que no pinto carne, sino que prefiguro en ella la Muerte, que es su dueña. Asimismo paso noches pintando en la tiniebla y días con las cortinas corridas, pues en oscura noche ha de nacer tu luz, y no del firmamento. Al fin voy hacia ella, en el centro de la composición, y tiemblo. Pues todo rasgo añadido sobre tu gloria sería suciedad y quizá ansias de negarla. He de saltar atrás ante el inmenso lienzo que te destino, para ver cómo te refleja. Se me caen uno a uno los pinceles de la mano. Así como sobre tu imagen he acumulado emplastos de lino, óleos y espesas tierras, he representado tu misericordia como un horror sólo para mí visible como imagen y para los demás palpable como tormento. Vano sería borrarlo: su espermática viscosidad está en las pinceladas de todo mi lienzo y en los cuadros de toda mi obra y en los infinitos de toda la tuya. Al igual que yo, con los torpes instrumentos que creaste fracasas en expresarte con tu obra. Arrojas la paleta contra el lienzo. El firmamento se desploma.

PLACERES OCIOSOS

Oír la estática

Había en la vieja casa de San José del Ávila un radio con muchas bandas en cuyo dial figuraban ciudades como traídas del mapamundi: London, Bandoeng, Bagdad, Tokio. Cuando era niño lo encendía y recorría el planeta con su aguja, pero sólo escuchaba chisporroteos, notas musicales, trepidaciones. Estábamos al pie de un Ávila que por las tardes se encapotaba y las nubes parecían destilar en la radio silbidos y crepitaciones y sonidos sin nombre que debían ser música de las esferas. Yo pensaba que quien oyera mucha estática podría reconocer en ella el nacimiento de las tormentas o la caída de los aguaceros o el paso lejano de los aviones cuyos motores por momentos se metían en el altoparlante. Incluso cuando me decían los mayores que tantos zumbidos no eran más que efecto del azar, me parecía importante escuchar el acaso, intentar comprender la casualidad o condolerme de todas las grandes composiciones de aquella orquesta de la nada que nadie escuchaba. En este momento mismo suena el gran concierto que sólo requiere un radio viejo, un mundo infinito, un niño ocioso.

Mirar la estática

Fue como una revelación cuando aparecieron los primeros televisores con sus pantallas casi ovaladas y los niños pegábamos la nariz de las vidrieras de las tiendas en las cuales técnicos improvisados ajustaban y desajustaban cables sin recibir otra cosa que imágenes de nieve granulada y un sonido de freír tostones. De un sitio a otro orientaban las antenas de bigote sin captar más que burbujeo luminoso, granulación de chispas, una arena viviente en la cual por momentos creían atisbar señales, transmisiones, programas. Sólo habíamos visto televisores en las películas de matiné donde Flash Gordon transmitía desde el planeta Mongo. La pantalla con estática era cielo estrellado de la creación, criadero de gusanos luminosos, soda con burbujas del misterio electrónico y yo veía en ella más de lo que la falta de señal nos negaba. Tormentas, remolinos, huracanes reverberaban en su carnaval de papelillo plateado, y pensaba yo que un televisor sin señal podía ser la máquina de leer el infinito y que un intérprete sabio distinguiría en ella las auroras boreales y las tormentas de partículas cósmicas. Recuerdo minuciosamente aquellos grandes patrones de estática, su relampagueo, su chisporroteante pulverización, cuyo fulgor borra felizmente de mi memoria la mediocridad de la primera señal de ensayo, el primer programa, la primera cuña.

Mirar interferencias

Afortunadamente la compañía eléctrica envía la corriente con hipo que quema computadoras, atrasa relojes, achicharra contestadoras telefónicas y desacompasa decodificadores de señal por satélite. Sobre la pantalla que exhibe una película trivial cae un rayo de baja de energía, un velo de estática, y después la imagen reaparece cortada en segmentos, como fotonovela. Se va misericordiosamente el audio y contemplamos sucesiones de fotos, tachonadas de cuadrados vibrantes, azules, verdes, amarillos, listados. Los actores se quedan pensativos mientras corren o se besan o disparan, permanecen paralizados, al borde de precipicios, en el aire, golpeados por automóviles, en dramas mostrados como por cuentagotas. Alguno tira un puñetazo y se congela como la mujer de Lot, vibrando, hasta que ráfagas de cuadritos multicolores lo borran y siguen las imágenes saliendo por golpecitos, como diapositivas. El baúl del televisor se torna caja de música de la poesía. Ojalá nunca volviera la programación ordinaria o regular a interferir con las interferencias.

Escuchar el silencio

«¿Has escuchado ese tumulto que llaman silencio?», pregunta Hoelderlin. Busca un sitio tranquilo, y como ya no lo hay en el mundo, huye o escóndete. En el campo descubrirás que la quietud es mecer de ramas con el viento y aleteos y grillos y hormigas. En el fondo de un sótano y aun tapándote los oídos percibirás el tambor del corazón y marejadas de sangre y corrientes remotas. Aspiro al cuarto insonorizado perfecto en cuyo acolchamiento se emboten todos los ruidos reales, para localizar el fantasma del sonido, la creación desde la nada de la música, el concierto de lo imaginario. Los grandes compositores encuentran sus piezas en el silencio, y los más grandes las dejan en él, intocadas.

Mirar la hoja en blanco

Una hoja en blanco no debe ser ultrajada por cursis rayas azules y mucho menos por cuadriculados. Todo estampado previo impone una dirección o la prohíbe. Lo mejor de la hoja es su blancura. Ninguna mancha que sobre ella intentes podrá superarla. La hoja en blanco es pantalla de lo imaginario. No tiene aguja de dial ni control remoto. Si te esfuerzas sientes que esa blancura capta las tormentas del mundo, pero de manera apacible, sensual, cristalizada. Todas las grandes cosas fueron hojas en blanco. La posibilidad es mejor que todo. En la infancia antes de la radio y la televisión todo era página en blanco. Lo menos malo que se puede hacer con una hoja o una vida es trazar en ella unos cuantos placeres, o quizá alguna estática.

Nadar de noche

Para nadar de noche mejor dejar atrás los prejuicios comenzando por el del apego a la vida. En el mar nocturno sólo se ve la espuma de las olas como hileras de dientes que van a devorarnos. Para escapar hay que sumergirse, y entonces descubre uno que en la noche del trópico toda burbuja es centella y toda brazada estela de chispas y que si al hundirse se dijo adiós al cielo estrellado en la profundidad las rocas enfiebreidas de coral son constelaciones y el trazo de los peces nebulosa de fuego. La ola relampaguea y el abismo encandila. Se está muy bien en esta oscuridad tachonada de fulgores. No otra cosa es el mundo. No hay que regresar a la costa, cuya ilusoria seguridad terminará devorándonos.

TRAGEDIAS LITERARIAS

Franquicia

Escritor de buena presencia y sin obra propia aprovecha viaje a la metrópoli para relacionarse con lo que él cree el gran mundo literario. No sabe la categoría exacta del personaje que le revende la franquicia. Una patente le permitirá ejercer la representación de alguna moda declinante. Con la franquicia viene una fórmula, un vocabulario, una temática. El escritor de la franquicia se va volviendo como su producto inodoro insípido y lleno de preservativos. A todos enseña las certificaciones de que el producto que elabora cumple con los requerimientos de la receta. Munido con ellas le es fácil desacreditar a cualquier competidor que intente disputarle la exclusividad del mimetismo. Desecha implacablemente cualquier tentación de espontaneidad. La franquicia ahorra a los críticos el trabajo para promoverlo de inclasificable a clasificado. Al excluir todo antojo renovador asciende de institucional a institución. Al dejar de crear experimenta su conversión

de autor en autoridad. Urde algún viaje hasta la casa matriz para recertificar sus credenciales pero no encuentra la sede. Por momentos teme que descubran que la mecánica de su producción fue prefabricada. Por momentos se calma pensando que está fuera de peligro porque la moda literaria que adquirió en franquicia, así como su obra, están ya olvidadas.

Papirotazo

Camilo Cuellar almuerza con el presentimiento de que se avecina un cambio en su obra. En ese momento feliz localiza todo lo que en su escritura es deleznable. Casi como una despedida comienza a garrapatearlo en la servilleta. La tentación de la facilidad y la urgencia de cumplir con una revista lo llevan a llenar entre el postre y el licor tres desenfadadas servilletas. A la mente le viene un título que casi delata la broma literaria. Papirotazo, le deletrea a la secretaria que pasa en limpio los palotes por los cuales espera la linotipo. Al salir siente el alivio de quien deja tras de sí algo impuro. Ahora seré otro, se dice. Ahora seré yo mismo. A la mañana siguiente llama para retirar el texto y se entera de que está ya impreso. Dejémoslo al olvido, se consuela.

Pronto se cansa de desestimar con bromas las felicitaciones que le llegan por el texto apresurado. Trabajo en algo muy distinto, aclara. Más esencial. Con desmayo accede cuando le piden permiso para incluir Papirotazo en una selección. Caer en una antología es caer en todas. Pronto no puede abrir ninguna por el temor de localizar Cuellar, Camilo: Papirotazo. Por qué omiten distraídamente sus búsquedas anteriores, más atrevidas, por qué se densifica tal silencio sobre sus textos posteriores, más rigurosos, sigue resultando un misterio. El selectivo crítico que dictamina que toda la literatura nacional cabría en diez hojas reserva una para Papirotazo. No cabe imaginar mayor homenaje, o mayor odio. Cuellar deserta de las lecturas en las cuales le reclaman previsible y únicamente cierto texto. En vano envía bajo seudónimo devastadoras críticas que denuncian el fácil efectismo, el previsible juego de contrastes, la sospechosa sentimentalidad, las obvias influencias. No son publicadas, o encienden polémicas que sólo incrementan la fama del relato. Semiólogos y morfosintácticos le atribuyen

significados latentes. Cuestionar Papirotazo no es sólo cuestionar la literatura nacional, es cuestionar la Literatura, dictamina la Voz Autorizada. Los editores piden siempre otro Papirotazo. No puede abrir correspondencia sin encontrar misivas de graduandos que escriben tesis sobre el susodicho. Las repetidas menciones en los manuales lo elevan a la categoría de obras que todos comentan sin haber leído. Con más certidumbre que cuando redactó sus primeras páginas Camilo conoce que escribe para la oscuridad. Mientras más trata de distanciarse del texto célebre menos lectores tiene. Con sentimiento de derrota autoriza la adaptación teatral, televisiva, cinematográfica. Hay pronto canción y obertura y ópera y monumento y plagio de Papirotazo. El título significa todo y nada. Camilo deja de frecuentar las calles donde todos lo llaman Papirotazo. En sus últimos años se sabe autor desconocido. Lo detestan los olvidados, sin sospechar que él los envidia. Al morir lo consuela saber que no escuchará los panegíricos para el autor de Papirotazo.

Musa

1

Desde el instante en que contraje matrimonio no he hecho más que recordar que me dijo mamá que no me casara con un distraído que iba a estropear su carrera perdiendo el tiempo dale que te dale con esa máquina de escribir pero aquí está y no me oye dale que te dale tecleando para hacer como que no me oye

2

Como que no me oye pero me va a oír aunque no quiera cómo le digo que por desperdiciar el tiempo con su máquina se está perdiendo los ascensos y los negociados y mientras más se encierra más se lo repito

3

Se lo repito en público en las reuniones delante de todo el mundo que si él hubiera sido arquitecto nunca se hubieran visto las casas

4

Las casas que ya tienen todas mis amigas y algunas hasta quinta y nosotros alquilados y pagando un terreno por cuotas porque no tengo un marido sino un hombre escondido

5

Escondido con su máquina de escribir para no oírme que lo tengo que arrastrar a las reuniones donde lo invitan y forzarlo a que me presente a que me relacione a que me haga conocida

porque a él todo el mundo lo conoce pero con reputación no se paga en el mercado

6

El mercado donde siempre le digo que se va todo lo que me pasa y menos mal que él no entiende de precios porque si no dónde voy consiguiendo el dinero para mis cosas y para ir apartando unos fondos no vaya a ser cosa

7

No vaya a ser cosa que los muchachos me salgan como su papá, les digo a cada momento que ninguno me vaya a salir como su padre que se la pasa encerrado para no oírme y me va a oír porque igual que se lo digo a los muchachos se lo digo a los parientes y a todo el que quiere escucharme

8

Todo el que quiere escucharme me dice que más bien lo modere porque se compromete en demasiadas cosas trabaja demasiado gasta demasiada energía se agota con demasiadas colaboraciones periodísticas que le pagan demasiado mal tratando de conseguir dinero que no tiene se cansa demasiado con demasiados proyectos demasiadas publicaciones demasiados viajes

9

Demasiados viajes porque hasta viajar con él es un tormento no hay forma de que la lleve a una a ver los sitios de moda se la pasa conversando con poetas ciegos pintores locos muralistas gordos casados con paralíticas escultores que

parecen latoneros que le regalan unas piezas que son horrores y da pena enseñárselas a los conocidos

10

Los conocidos que son la vida de una porque con un marido que dice que mi mejor regalo son mis ausencias una termina haciendo vida aparte y mejor que no pregunte porque yo sé que no me pregunta para que no le conteste

11

Para que no le conteste que yo no voy a perder mi vida atendiendo un enfermo o alguien que se hace el enfermo porque lo que lo enferma es ese escritorio esas gavetas esas estanterías repletas de papeles

12

Repletas de papeles sellados porque antes de la demanda de separación he ido sacando todo de la casa los muebles los radios los tocadiscos el automóvil los cuadros las esculturas y el Picasso y el Diego Rivera y el Calder y el Reverón que el abogado me dice que cuidado porque lo que vale es la firma

13

Lo que vale es la firma mía porque a tiempo hice declarar la interdicción no fuera a traspasar bienes o regalar cosas a los hermanos o a la sirvienta que lo crió o a la enfermera que él dice que lo mantiene con vida y con mi firma traspaso las cuentas y vendo el terreno y me aseguro los derechos de autor antes que le llegue el momento final

El momento final en que puedo limpiar los armarios las gavetas de tanta carpeta polvorienta tanto papelucho tanto libraco estropeado con dedicatorias que no se puede vender como nuevo tanto cuaderno garabateado tanta libreta tanto borrador tanta resma mecanografiada tanta foja cuartilla manuscrito amarillento tantos originales que ni vieron imprenta y arrojarlos al patio y rociarles kerosén y prenderles fuego para gozar el instante más feliz de mi vida

El instante más feliz de mi vida este otorgamiento por la patria agradecida de la pensión la ayuda los fondos la partida presupuestaria permanente el inmueble para la fundación solemne del instituto destinado a la memoria que en reconocimiento sólo yo puedo administrar para el estudio de la vida fecunda y la obra imperecedera a la cual he dedicado devotamente mi existencia desde el instante en que contraje matrimonio

VIDA COTIDIANA

La cabeza

Al pueblo junto al mar venían cada Semana Santa la Tómbola del Numerito, la Rueda de los Caballitos y la Cabeza de Mujer que Habla. En la Tómbola del Numerito apostábamos esperando ganar pistolas que eran en realidad yesqueros; en la Rueda de los Caballitos giraban niños bobos que no iban a ninguna parte; dentro del camión de La Cabeza de Mujer que Habla estaba aquella cabeza posada en un plato sobre un escabel, con la que podíamos conversar pagándole al italiano que custodiaba la cortina de entrada. Dentro del camión olía a salitre y ropa vieja. Lo más difícil era encontrar qué decirle a La Cabeza de Mujer que Habla. Cómo estás, decíamos los muchachos al fin, dándonos codazos y empujándonos. Bien, contestaba la Cabeza, con aspecto nada bien, con aire de jaqueca. ¿Y qué pasó con el resto del cuerpo? Yo nací así. ¿Y cómo vives? Por magia. La Cabeza de Mujer que Habla era más bien tonta; nosotros en cambio sabíamos que tenía que

ser una mujer completa; que el italiano se la cogía por las noches, y que si nos fijábamos bien la veríamos salir a pasear o a bañarse en la playa, pero nunca salía; seguro que el italiano lo prohibía por ser malo para el negocio; después pensamos que ninguna devoción al negocio justificaría tanto sacrificio; lo supimos cuando nos prohibió volver a entrar sospechando de que pagáramos tantas veces para ver la misma tontería: habíamos dado en tirar besos, hacer guiños y ademanes de invitación frente a la Cabeza, que nos miraba con tristeza. Vimos entonces que el italiano no dejaba más el camión. Encerrados, durante la noche gritaban él y la Cabeza; era evidente que la tenía presa, y que el Jefe Civil no actuaba por el descrédito que sería meterse a soltar un fenómeno de Circo. Dimos en hacer planes de liberación; ante todo —era ya Jueves Santo, y pronto llegaría a su colmo la invasión de bañistas y saltimbanquis— escribir una carta de amor para la Cabeza, firmada por El Hombre sin Cabeza del Circo Razzore. Uno de nosotros la escurrió por las rendijas de cartón piedra del escenario. La prudencia nos hizo desistir del proyecto de cantarle una serenata a la Cabeza. Esa noche fue la gritería más fuerte dentro del tinglado del camión. Todos jurábamos que el italiano la había matado y que huiría; en vez de eso el camión siguió allí Viernes, Sábado y Domingo Santos, pero no hubo exhibición Por Motivos Ajenos a Nuestra Voluntad, explicaba el italiano tan triste, sentado junto a la cortina. Esa noche soñé que la sombra aleopardada de una mata de uva de playa que caía sobre el camión era la que lo explicaba todo. A lo mejor era sólo que la Cabeza se había ido, dejándole el cuerpo tendido sobre una colchoneta barata. Si abríamos bien los ojos, jurábamos, veríamos a la Cabeza en el terminal de pasajeros, esperando el autobús, o con las putas en el burdel de las afueras, o en el Buick viejo de un negro que era viajante de la Cerveza Polar. La tarde

del Domingo Santo, al nadar, contemplé cómo la luna llena se desprendía del horizonte del mar y rodaba por los cielos todavía claros. Los muchachos que se bañaban conmigo decían que una cabeza era muy fácil de esconder tirándola al mar: si acaso la pisábamos, la crearíamos coral, o también un coco, a menos que nos mordiera en venganza por ser tan entrépitos. El lunes siguiente, el camión se había ido. Un año más tarde ya no éramos niños, y cuando el camión reapareció, lo manejaba otro italiano. La Cabeza era una muchacha de Cúa con peluca rubia, que después fue vista sin la menor vergüenza comiendo espagueti en la pensión junto al río. Un sueño me reveló el sitio del cementerio donde dormía la Cabeza, y la razón de que el italiano tuviera la mañana del Sábado Santo las uñas sucias de tierra. Volví a soñar que la sombra de la mata de uva de playa lo explicaba todo, pero que era la sombra arrojada por la luna, como una llamarada de oscuridad. Después he pensado que esas cosas eran invención del sueño. El cura ha hecho prohibir los juegos de envite y azar y los espectáculos durante Semana Santa. Hace tiempo que no voy al mar.

Noche oscura

Emmanuel

Camino hasta la puerta de esta triste casa de jardín descuidado, donde dejé a Mariana después de conocerla en la fiesta de anoche. Tras abandonar la reunión, que nos aburría, tonteamos largamente en un paseo que se prolongó hasta poco antes del alba, hasta que nuestras frentes perladas de rocío olvidaron la urgente confusión de salivas, sudores y sangres que en el fondo ambos deseábamos, que tácitamente aplazamos para cuando hubiéramos salido del nimbo espectral de aquella noche que duró hasta que la dejé en el umbral de esta casa triste y de jardín descuidado, tocándonos sólo las puntas de los dedos, creo que ni tocándonos.

A mi llamada acude esta vieja que abre la puerta y a quien le pregunto por Mariana. Mariana, me pregunta, petrificada. Sí, le digo, Mariana, a quien conocí ayer en la fiesta. Mariana, la de aquella fotografía, sobre la mesa.

Mi sobrina Mariana murió hace años, me dice la vieja, dejando caer una lágrima maligna y deliberada como una gota de metal. No comprendo esta burla, añade, cerrando la puerta, corriendo por el pasillo, mientras corro por el jardín que pierde realidad, mientras palidezco y pierdo realidad yo mismo, y mi frente se perla de rocío, y caigo en una noche que no puedo tocar, sin color y sin formas.

Ursula

Sentada en esta mecedora oigo que Mariana canta preparándose para salir a las fiestas, y sentada en esta mecedora oigo como uno o dos días después sus enamorados vienen de noche para visitarla, y siempre les digo: Mariana murió hace

años, y siempre se quedan atónitos, y siempre palidecen hasta la transparencia y siempre corren por el jardín, y yo también corro por el pasillo, corro tras batir la puerta, pues no quiero verlos perder la realidad, esfumarse. En sus caras les adivino que están muertos, que todavía no lo saben y rondan por las fiestas y se enamoran de mi Mariana, quizá por su palidez, quizá por el tono de plata de sus pupilas, quizá por sus labios sin color, que no debo abandonar a labios que no pueden besarla, dedos que no pueden tocarla. Desde hace años, cuando comenzó el asedio, vigilo en esta mecedora que ni siquiera me atrevo a mecer, atenta a vencer el poder de la sombra. Cuando creo desfallecer de terror, me anima oír, en los cuartos de atrás, la canción de Mariana.

Mariana

Desde que tía murió hace años y quedó inmóvil su mecedora en la sala, conozco en las fiestas los más hermosos muchachos y los enamoro, pero nunca regresan, o a veces creo que regresan porque de noche siento tocar en la puerta y cuando voy a la sala encuentro que el viento mueve la mecedora, frente a mi retrato.

Alimento los pajaritos y éstos sin embargo mueren, y alimento los peces y sin embargo mueren, y sólo el gato que come ratones vive, sin dejarse acariciar por mí, y yo misma me he cansado hace mucho de todo y no me alimento.

Tarareo una canción mientras me preparo para las fiestas, las fiestas hacia las que corro por la vereda del jardín descuidado, la frente perlada de rocío en esta noche impalpable, sin color y sin formas.

La torta

La madre consigue que la dejen visitar a los niños, que el padre se ha llevado a la fuerza a casa de la abuela. Allí está la madre en la puerta tras la cual la cruz de palma bendita, junto a la cual la pequeña pila de agua bendita, arriba de la cual el Divino Pastor. La madre trae en las manos cubierta con una servilleta la torta de cumpleaños para el mayor que cumplirá ocho años. Hace la visita en el recibo con muebles de paleta que a veces la abuela quita para poner los bancos del catecismo que da a los muchachos del barrio. Preside la visita el cuadro del Sagrado Corazón de Jesús. La madre entrega la torta frente al niño de ocho años que mira muy serio al hermano de cinco que se distrae con la hermana de tres que juega por el suelo de cemento liso. Cuando la madre se va la abuela sube la torta en el aparador del comedorcito junto al grabado del camino de placeres que lleva al infierno y el camino de dolores que conduce hasta el cielo. Allá queda la torta muy blanca bajo la claridad de leche que baja del tragaluz. La abuela tiene el cabello blanco y reza antes de la comida que sirve en platos y cubiertos de juegos distintos y reza después de la comida antes de recoger los platos que lava allá en la cocina del patio de atrás más lejos de los cuartos de los inquilinos que oyen todo el día el radio con comedias que tocan el tema del Caballero de la Rosa.

A la noche se reza en el catre y por la mañana se reza en el reclinatorio y desde allá arriba en el aparador la torta preside el rosario y los fríos de la noche después que apagan la luz y no se espera ya al padre que trasnocha. Los niños miran de cuando en cuando la torta pero la abuela les sirve tristes carnes mechadas con plátanos celebrando con alborozos coman coman hijitos que es poco pero Dios provee. La abuela siempre está enlutada como el retrato oval del abuelo

que preside la cama con columnas torneadas en el cuarto donde la mirada de los niños roe poco a poco la escarcha de la torta. Cuenta la abuela historias de cuando se mudaron de una mansión a esta casita pequeña porque en la casa aquella los pasos de los muertos no dejaban de bajar y subir escaleras. Una hilera de hormigas baja por la pared culebreando hacia la bandeja de la torta que tiene delicados detalles en nevado de color con flores y hojas y grajeas plateadas. Los niños miran una que otra vez la torta.

En unos libros sobre una mesa de noche hay explicaciones del infierno y la abuela ya tiene elegida la orden de monjas en la que ingresará antes de morir. Mientras va de un sitio a otro repiquetea el rosario de cuentas negras. Entre las tejas y la cañabrava corren alimañas que podrían ser ratones o diablillos. En la cocina silba la llama del infiernillo de gasolina, hierve alguna olla. Un cromo decorado celebra las virtudes. En él ha dibujado grumos la humedad. Siempre hay una vela encendida ante él pero nunca se encienden las ocho velas pequeñas de la torta colocadas en ronda hacia el centro.

Una mañana la torta no está.

—La boté porque nadie me pidió que la cortara —dice la abuela.

Por la pared pintada de asbestina blanca han dejado de correr las hormigas.

Promesa

mamá me ha vestido de nazareno debo pagar la promesa en semana santa a mi no me gusta el disfras con batola morada como mujercita andar descalzo y con la vela llo iva a morirme dice mama del mal del pecho y el Ceñor Dios me a salvado por eso mama me trae a la prosesion a pagar la promesa en la iglecia estan las biejas con velas y me gustan los bendedores de ierbas y de pepa de samuro y de retratos de santos y de mano del gran poder y de piedra iman y de insienso y de rosarios y de cruces y de oraciones y mama me jala por la mano camina me dise y me jala y ai cojos qe ban en carrito de patines y muletas y cillas de ruedas y pordioceros con yagas y siegos y tuyidos y mochos y biejas con niñitos y fenomenos todos piden limosna uelen a ropa bieja y alcanfor y en la iglecia ai mucho dorado como caja de bombones y estan los santos tapados con sabanas moradas pero el Ceñor Dios si esta todo de madera pintada y con gorro de espina y sangre y pinchos y sufre pero al tercer dia resucitara de entre los muertos y subira a los sielos por los techos de la iglecia pintados con nuves y anjeles y pienso qe la gente grande esta mas cerca del sielo llo tamvien boi al sielo porque me cuida el anjel de la guarda toda la iglecia yena de jente y de sus anjeles de la guarda llo ciento el sofoco de tantos anjeles de tanta vela de tanto umo ciento como empujan como estrujan y pierdo la mano de mama me qeman con la cera de las velas y ai pordioceros y llagosos y cojos y beatas y sufren y qiero que se vullan todos al cielo y lo pido a Ceñor Dios y algien grita fuego fuego y la jente grita fuego fuego fuego insendio y corre y tira velas y corre y grita fuego y empuja y grita fuego y corre y pega y grita fuego y saltan biejas corren curas saltan cojos corren beatas brincan pordioceros corren tuyidos saltan llagosos brincan nasarenos saltan siegos empujan revuelcan caen bancos velas santos

jentes corren gritan insendio ai mijito me dise una bieja me abrasa ai mijito me sostiene contra la pared fria ai mi jito no corras yerbas velas biejas curas velas bancos ai mi ji to dise la bieja porque le dan una patada en la cabeza y cae y me quedo llo solo en la iglesia la bieja dormida a mi lado y ceñores y ceñoras que tapan todo el piso todos dormidos vestidos de nasareno con la boca abierta y sangre como el Ceñor Dios y a uno la vela le qema los dedos y no se qeja otros se tuercen como gusanos y resvalan en la sangre y se arrastran acia la puerta donde esta Ceñor Dios caido de lado el cachete contra el suelo las gotas de sangre seca la corona brillante como mil velas con ojos de vidrio mira cuerpos manchados de sangre nueva de ceñores y ceñoras y niñitos en el piso disfrasados de nazarenos todos rotos todos quietos todos muertos y aora van todos a resusitar al tercer dia porque Ceñor Dios les va aser el milagro y los llevara a los cielos

Gordo

Gordo, te voy a decir algo. No, mejor no te lo digo porque no sé cómo reaccionas. Gordo, José Antonio dice que no le gusta que estemos juntos. ¿Por qué dice eso José Antonio? Tú sabes que no le caes bien a José Antonio. ¿Por qué no le gustas a José Antonio? Gordo, ¿es verdad que te acostaste con Mireya? Gordo, me voy a casar. Gordo, no encuentro la marihuana. El único que sabía dónde estaba es Donato. Tú sabes que Donato dijo una cosa de tí, gordo. No, no te la cuento porque tú eres muy susceptible, Gordo. Gordo, tú no le gustas a Donato. Gordo, José Antonio dice que tú no sirves para mí. ¿Por qué dice eso José Antonio? Gordo, me voy a poner chévere para salir a hacer levantes. Gordo, ¿es verdad que te acostaste con Mireya? José Antonio dice que es una falta de respeto que te hayas acostado con Mireya. Gordo, no cortes en trocitos el pescado. José Antonio dice que no le gusta la forma en que cortas el pescado. Estoy nerviosa, Gordo. Tengo angustia. Gordo, ¿por qué te acostaste con Mireya? Gordo, Donato me dijo una cosa tuya. Gordo, tampoco le gustas a la tía Tea. Gordo, ¿no te importa que salgamos con Mireya? Gordo, tú no le caes bien a Mireya. Gordo, desaparecieron los captagones. Mireya era la que sabía dónde estaban los captagones. Gordo vamos a buscar a José Antonio y a Donato para que salgamos con Mireya. Gordo, no me gusta esa camisa que llevas. Gordo, deberías ponerte unos pantalones apretados como los de Neneto. Neneto habló mal de tí, Gordo, pero no te lo cuento porque no sé cómo reaccionas. Gordo, vamos al barcito de los maricos. Gordo, te voy a leer una cosa que te escribí. No, mejor no te la leo porque a lo mejor te disgustas. Gordo, a José Antonio tampoco le gusta como te vistes. Gordo, voy a ver si levanto esta noche. Gordo, me voy a casar. Gordo, José Antonio

dice que debería casarme. Gordo, ¿por qué no tratas de ser simpático con José Antonio? Gordo, José Antonio dijo que te vio con una muchacha. Gordo, Donato dice que sabe una cosa tuya. Gordo, Mireya dice que no le gusta que estemos juntos. Gordo, ¿por qué dicen que yo te saco dinero? Gordo, no te voy a decir quien lo dice, porque después te disgustas. Gordo, acompáñame a la fiesta de José Antonio. Gordo, por qué no usas zapatos con plataformas como los de Neneto. Gordo, nunca me complaces. Gordo, las cosas no se resuelven haciendo el amor. Gordo, lo único que piensas es en tirar. Gordo, por qué acabas tantas veces. Gordo, José Antonio dice que no es normal acabar varias veces. Gordo, le caes mal a mi amiga Trely. Gordo, ¿te acostaste con Trely? A mí no me importa, Gordo. En absoluto me importa, Gordo. Gordo, José Antonio dice que es un irrespeto que te hayas acostado con mi amiga Trely. Me lo dijo mi amiga Trely. Embuste, Gordo, era para ver qué decías. Gordo, José Antonio dice que debería dejarte. Gordo, me dijeron que estabas casado. Gordo, ¿tú crees que Donato estará enamorado de mí, Gordo? Gordo, desaparecieron los dólares de la cajita de la marihuana. Gordo, tampoco le gustas a Totonito. Yo le dije a Totonito para que viniera a sicoanalizarte. Gordo, siento angustia. Gordo, estoy en crisis. Gordo, por qué me dice Totonito que no le gustas. Gordo, qué importa que sea marico igual puede someterte a tratamiento. Gordo, la esposa de Totonito dice que tú no le gustas. Gordo, José Antonio me está presentando sus amigos a ver si me empato. Gordo, por qué no tratas de caerle simpático a José Antonio. Gordo, hazme caso. Gordo, me robaron la coca. Gordo, están tratando de envenenarme. Gordo, tengo poderes. Gordo, me han echado una maldición. Gordo, siento angustia. Gordo, estoy enferma. Gordo, por qué te vas. Gordo, dime cuándo vuelves. Gordo, dime cuándo. Gordo, dime. ¡Gordo!

Perdida

El monedero que Anamaría encuentra en el metro es viejo, negro, gastado, contiene cédula de identidad de Carmen Cecilia Pérez mayor de edad soltera con fotografía parecida a todos y a nadie billete de lotería aparentemente caduco nada de dinero olor de perfume barato un papel doblado cuatro veces que desplegado dice en borrosa copia al carbón

BAÑO PODEROSO DE AMOR

INGREDIENTES: Seis rosas rojas, ramas de cundeamor, esencias de rosas, canela, ven a mí, atracción, pájaro macuá, afrodita, imán, jazmín, miel.

PREPARACION: Se licúan las manzanas con las rosas, se hierve el cundeamor, se cuele y se les agregan los otros ingredientes y se preparan siete baños se rezan las oraciones de Afrodita y ensalmo de Amor.

BAÑO DE BUENA SUERTE

INGREDIENTES: Flores de azucena y campana, saúco en flor, agua de rosas y azahar, miel, tres cucharadas de azúcar.

PREPARACION: Macerar las flores en un cocimiento de saúco en flor, añadir los demás ingredientes y darse siete baños seguidos, rezar la oración de abrecaminos y de abundancia.

Anamaría con un mohín me enseña la cartera.

—Mira— le digo.

En el reverso del papel está garabateado en lápiz el nombre de una pensión barata de San José. Como es cerca y me han despedido del trabajo voy por curiosidad o por intención de hacer buena obra y me enseñan el cuartucho desocupado con la cama de hierro y una maleta de cartón vacía. Debajo de la cama un zapato de mujer del pie izquierdo con aire de perdido. En la maleta hay un papelito con la dirección de una oficina donde Carmen Cecilia Pérez trabajó de

telefonista para desaparecer un día sin despedirse dejando allí un sobre con dos fotos muy mal tomadas de una señora mayor. Podría ser de ella también el llavero con dos llaves enigmáticas dejado en la gaveta de la telefonera. La nueva empleada me las entrega. Interrumpo la búsqueda. Una persona que pierde todas las cosas hasta quedar totalmente despojada para la libertad o la nulidad es tan improbable como quien encuentra objetos indiferentes de una persona que no le importa. Entrego desocupado mi apartamento. Recojo en el buzón del edificio una oración en cadena. La borrosa copia al carbón hecha en una máquina de escribir que pudiera o no ser la de las instrucciones para los baños que nunca trajeron ni el amor ni la suerte, dice:

*Para encontrar una cosa perdida, repetir tres veces
OJO AVIZOR, OJO AVIZOR, OJO AVIZOR
Nada se pierde en la mente*

Dicen que sólo extraviarnos lo que odiamos. Con el tiempo, todo se pierde. Debe haber quien se anticipa. Por decisión o cansancio se va despojando de todo. Sólo está perdido aquél a quien es inútil encontrar.

Pienso en estas cosas. El vagón del Metro ulula por el túnel. Palpo mi bolsillo para sacar el billete. He perdido mi cartera sin dinero, mi cédula de identidad, el teléfono de Anamaría, las oraciones, la cadena, el billete de lotería vencido, las fotografías, las llaves enigmáticas. Tengo mente y bolsillos vacíos.

Alguien en este momento encuentra todo, y no encuentra nada.

Lona

Dedico esta pelea de campeonato al público presente a mi mamá al manayer que consiguió mi cambio de categoría UNO juego de piernas jab largo jab corto directo a la mandíbula estrellitas DOS de mi carrera no me ha quedado nada y le debo plata al manayer TRES yo si pienso entrenarme dedicarme a mi aspiración de ingresar a la escuela técnica CUATRO que no sigas de esparrin Cheito mijo que cada vez te estropean más CINCO hoy no hay vuelta la semana entrante SEIS ella pues me mentó la madre y yo le di pero suavcito, yo no voy a tener más entradas, le agradezco la oportunidad señor comisario SIETE repugna pegarle a presos amarrados pero después se entra en calor confiesa coño de tu madre confiesa OCHO bala perdida bala perdida bala perdida NUEVE para buscar comida en el basurero hay que acostarse y escarbar sobras y si no se encuentran DIEZ ya no importa cuando uno sabe que no va a pararse nunca más de la

Mimados

Baby Pérez reprocha a Beba González que no le lleva desayuno a la cama como mami.

Beba reclama a Baby que no la manda de vacaciones para Miami como papi.

Baby acusa a Beba de no recoger las prendas que él deja regadas como mami.

Beba acusa a Baby de no dejarle como papi la tarjeta dorada para las compras de modas.

Baby critica a Beba que las panquecas no tienen el toque de las hechas por mami.

Beba se queja con Baby de que no sabe elegirle las cocineras como papi.

Baby reclama a Beba que no lo comprende como mami.

Beba contesta a Baby que no la mimas como papi.

Baby rompe las camisas finas que Beba no le plancha como mami.

Beba le tira por la cabeza la vajilla que Baby no le elige tan fina como papi.

Baby cae en el barranco porque Beba no es como mami.

Beba entra en la depre porque Baby no es como papi.

Baby rompe vidrios de carros con los panas para sacarse el clavo de que Beba no es como mami.

Beba corre a una terapia de grupo con las cómplices para hacer catarsis de que Baby no es como papi.

Baby grita.

Llora Beba.

Baby huye donde mami para contar que su chama no lo cuida como mami.

Beba escapa donde papi contando con su atención absorbente.

Baby encuentra que mami ha huído con el papi de Beba y Beba descubre que papi ha escapado con la mami de Baby cansados de malgastar en Baby y Beba tantos mimos que sólo fueron contestados con malacrianzas.

Bailoterapia

Una va a esas sesiones y sale como renovada. Yo no quería ir, yo decía no quiero que me prediquen y tampoco voy a hacer dieta, pero me aclararon, mirá vos, esto no es una secta, es un autodescubrimiento contra el estrés, dice el facilitador argentino, y una va y baila pero sin llevar el ritmo, y habla y grita pero como en idiomas inventados hasta que una al fin no puede más y echa su rollo y allí estaba la muchacha profesional jovencita un poquito pasada de peso, allí estaba ella que su mamá la llamó asegurándole que algo terrible iba a pasar, que todas sus amigas de confianza le avisaron que de seguro venía algo terrible y diciéndole que sacara todo el efectivo que tuviera en el banco y va la muchacha y saca todo que eran como diez millones para la nómina del negocio para la cuota del apartamento y a la salida del banco la siguen y la asaltan y le quitan todo, no se sabe si porque el cajero dio el pitazo o mami habló con quien no debía o las amigas de confianza y adiós negocio adiós apartamento y adiós matrimonio y después rompe a llorar y sabemos que el autodescubrimiento es que todas tenemos cosas peores que contar y el mundo es amargura y que contra él no vale bailoterapia

Control

El mundo es cajita con botones rotulados On Off Channel Mute Volume más números del uno al nueve y el cero. El On está siempre activado. El Off está prohibido apretarlo. Oprimirlo desaparece el mundo. También desaparece quien lo oprima. Aprieta otro botón.

En pantalla aparece la realidad, pasarelas, estudios, sets para entrevistados, mansiones de cartón piedra. Aprieta otro botón. Irrumpe la humanidad o sea locutores, anunciadoras en lentejuelas, modelos en tangas, concursantes y candidatas a Miss Princesita.

Aprieta otro botón. Resplandece la sabiduría o sea astrólogos y numerólogos que comercializan tu destino. En otro te enseñan hábitos saludables: comida chatarra gaseosas con cancerígenos bebidas alcohólicas disfrazadas de refrescos. En otro aprendes ciencia, ingredientes secretos del champú que atrae a todas las mujeres el desodorante que garantiza tus ascensos, la fórmula para reducir sin ejercicios ni dieta. En otro, actividades productivas como rifas quinos dupletas bingos casinos hipódromos, sorteos extraordinarios. En otro canal, relaciones humanas, es decir chantaje emocional, la ingenua que casará con el multimillonario, la madrastra que excluye del testamento a los herederos y la hija natural despojada de su fortuna que atrapa al príncipe azul. En otro la esencia del éxito, es decir el consumo.

El otro canal identifica al enemigo o sea los pobres, mal vestidos, mal calzados, desdentados, tullidos y entrenados para aplaudir y quedar en ridículo en programas de concursos o de confesiones fingidas. En otro se convoca a la justicia y las leyes en la forma de comandos, superhéroes y vengadores privados que liquidan a cuanto pobre no aplauda. En otro se solucionan problemas sociales mediante teletones, rallys caritativos

y ausencia de quienes no sean telegénicos. En otro sigues las noticias, o sea las aspiraciones de los dueños de los medios presentadas como hechos. En otro tus nuevos dirigentes políticos prestan juramento de fidelidad a los canales que los eligieron en Reality Show falsificando mediciones de rating y sondeos de audiencia. En otros se manifiesta el pluralismo, o sea el derecho a la misma mentira en mil pantallas distintas.

El control te controla.

Lo desconectas. Recibes el premio del mundo.

Sicopatología de los electrodomésticos

1

Las licuadoras aúllan al conectarlas como si fueran el micrófono por el que gritan las frutas licuadas, y si uno se descuida escapa la lechosa al techo sin darse cuenta de que ya está convertida en batido. Tiene la licuadora un teclado multicolor que yo manejo apretando el botón blanco para batir leche, el amarillo para licuar melón, el anaranjado para pulverizar lechosa, el rojo para triturar tomates y el negro para batir caraotas, aunque no respondo del resultado.

2

Nunca he comprendido a la nevera que siempre tiene como catarro con el goteo del descongelador automático. La nevera es por momentos silenciosa, por momentos refunfuña un rato sin que nadie sepa por qué y cuando ya nos levantamos a preguntar qué le pasa vuelve a callarse dejándonos en el misterio.

3

La cocina eléctrica inspira siempre la desconfianza de que eso no puede calentar porque no se ve candela. A veces muestra unos números rojos como de bomba de tiempo, a veces un círculo rosado que más parece un efecto especial que un fogón y que a lo más que puede aspirar es a electrocutar el sancocho.

4

Los electrodomésticos tienen tantas pantallas que en lugar de funciones deberían tener rating. Los microondas lucen teclados como de televisor en donde uno marca el número del

canal y se queda esperando porque siempre es más probable que salga un buen programa de un microondas que de un televisor, pero al final suena una campana y lo que aparece es un plato de fideos quemados.

5

La de peor carácter es la lavadora, eternamente fastidiada de que le exijan a la vez tantas tareas: remojar, batir, centrifugar, enjuagar, exprimir, y de casualidad no le piden que también tienda la ropa, al mismo tiempo que no paran de hablar mal de ella: no metas tal prenda, que te la estropea, ni se te ocurra ponerle piezas de colores porque las destiñe. El resultado son pataletas en las que la lavadora hace pam pam pam pam y dando saltos arremete contra los demás electrodomésticos apiñados sin consideración en la cocina.

6

Hace tiempo que no me atrevo a entrar en la cocina. Será que se me han agotado las baterías.

Nuevas formas de espionaje

Programas de análisis de contenido incrustados en tu computadora registran palabras subversivas, nombres inconvenientes, construcciones contraculturales.

Microchips escondidos en tus receptores codifican los programas que ves, las emisiones que escuchas, los discos que eliges.

Sensores instalados en tus electrodomésticos informan de lo que congelas, lo que cocinas, lo que recalientas, lo que comes, lo que lavas, lo que desechas.

Sistemas de totalización agazapados en las máquinas de votación fichan tus preferencias políticas, tus rechazos, tus indecisiones, tus votos nulos.

Rastreadores siguen las contracciones de tu pupila ante cada cara, cada objeto, cada titular, cada anuncio, escudriñan tus anhelos, deseos, confusiones, terrores.

Micrófonos ultrasensibles captan las vocalizaciones de tu monólogo interior en las cuerdas vocales mientras hablas para ti mismo con la boca cerrada.

Sensores remotos de electrocardiograma analizan alteraciones de tu pulso a medida que en tu avance por la ciudad reaccionas ante vitrinas, ruidos, gritos, estruendos, letreros luminosos.

Estos aparatos de medir lealtad son instalados primero en los encargados de fabricarlos, quienes son inmediatamente ejecutados por traición.

VIDA SECRETA

Inexpresabilidad de las nubes

Podrían dominar al mundo las nubes, pero su duración es miserable. Preparan grandes proyectos, alardean, se expanden y cuando esperamos verlas ya culminadas no existen. En el reino de las nubes se queda todo en amenaza. Cuando más ascienden a ciclón. Vive la nube eternamente fugándose de sí misma. Quisiera pensar, pues no son las nubes sino grandes cerebros gaseosos cuya idea es el relámpago. Pero ay, esta ocurrencia las agota. Tienen las nubes lenguaje, apariencia de signos, de gestos, de fruncidos ceños tormentosos para una palabra que queda siempre inconclusa. Algo tratan de decirnos y como no lo entendemos rompen en llanto. Nos cansamos entonces de la fruslería de algodón de azúcar y de la evaporación de gestos que cambian. No intentemos ir más allá. Más arriba sólo está el vacío. En ellas está la sabiduría toda, pero en ciernes. Empiezo a comprenderla, y me disuelvo.

El campeonato mundial de las burbujas

Al Campeonato Mundial de las Burbujas llega el profesor Jabón con su arito de plástico en el cual sopla sopla sopla una ininterrumpida hilera de burbujas que termina rodeando la Tierra como los anillos de Saturno o como la sortija de compromiso de las bodas con la Luna.

Mientras la gente embobada cuenta burbujas, sube al escenario la profesora Glicerina con un gran aro sopla sopla sopla hasta que queda envuelta la Tierra en una inmensa burbuja y alrededor de ella otra burbuja y alrededor de ella otra como sucesivas bolas del cristal de los sueños.

Al proscenio asciende el profesor Alfiler con una inmensa aguja, saluda, nada por aquí, nada por allá, la clava en el suelo y con un suspiro estalla la inmensa burbuja de la Tierra.

La risa

En el pueblo todos esperan con terror el estallido de la risa. Ésta puede irrumpir en la cara de una matrona, un sirviente, un pordiosero, un magistrado, un sacerdote.

Estalla la carcajada, el riente no se justifica, no busca víctimas, ni siquiera procura audiencia ni contagio, cosas que de todos modos casi siempre se presentan. La risa es ante todo risa de sí misma, de su inutilidad, de su derrota. El riente continúa hasta que inanición, congestión o agotamiento lo matan. Puede ocurrir también la lapidación: puede suceder que en el transcurso de ésta uno o varios de los lapidadores miren la piedra que tienen en la mano y comiencen a emitir una risa de grajo que ya no para, y que puede tener cualquiera de los desenlaces indicados. Al regresar a casa, los ciudadanos vuelven la cabeza creyendo sentir que alguna carcajada estalla dentro de una biblioteca, un templo, un palacio de gobierno.

El fin de las civilizaciones ocurre así. Los ciudadanos comienzan a creer que todo sucede según un plan o una conjura. Imaginan síntomas premonitorios, atisban los rostros en la calle. Y hay la mañana en que alguno se despierta y siente que la compañera de lecho convulsiona tratando de taparse la cara con las sábanas, y corre al mercado y comienza a sentir las arcadas y se arrodilla sobre un charco y ve su propia cara congestionada y aprieta las mandíbulas y contiene la respiración y aguanta cuanto puede hasta que al final pierde todo control y echa a correr tropezando por las calles entre las muchedumbres que se revuelcan por los pisos y se retuercen y ruedan por las escalinatas convulsionadas liberando para siempre el alarido de la risa.

El martirio de la esperanza

Las leyendas mantienen vivas las esperanzas. Prefiero matarlas. Un árbol de esperanza germina dondequiera, en la calle o en los campos secos. Ahí mismo están todos pidiéndole lo que se fue o lo que no ha venido. Fortuna que los votos han de hacerse en voz baja, discretamente hablando a las hojas; partirían si no el alma, de tanto repetirse los mismos, mientras extiende el árbol su sombra. Conozco sus semillas. Veo germinar el primer tallo. Lo tomo para arrancarlo. No puedo resistir hablarle. Toda la noche se nutre el árbol de mí: cada vez más grande mientras yo más pequeño. Entonces eran otros tiempos, cuando podía descuajar las raíces. El árbol ahora bebe de las estrellas. Reclinado de su tronco seré uno de sus nudos. Sus raíces punzan tan hondo. Dolería tanto arrancarlos.

Desierto

Acostumbrado a las impermanencias del corazón, a veces poseo sin ganas, a veces abandono. A lo mejor entro en el aposento de la mujer que todavía no conozco. Me llama la atención el olor de los muelles del colchón y la grieta de una taza abandonada junto a él. Después, la intrincación de los pelos sobre la sábana. Es lo que mejor me puedo representar del futuro. Todo futuro se sostiene por indiferencia hacia el presente. Ese presente es un beso sin atención o un rostro dormido que se contempla sabiendo que en una docena de horas ya no se dormirá más junto a él. Acaso la indefensión del sueño desata la primera ternura. Después será fácil abandonar, cuando empieza el reproche o la furia quiera restablecer lo que nunca ha existido. Se puede fotografiar mentalmente el camino que se deja, sin asombro de no sentir nada ante el acto de tomarse la mano ante un lago o de caminar demasiado rápido de modo que ella se quede rezagada. Será necesario que el olvido se precipite sobre esas instantáneas para que al fin puedan revelar sus rasgos. Una noche propicia empieza el túnel de lo que pasó, donde todo es trivial pero duele. Virutas de un lápiz afilado, sandalias gastadas o una guedeja de pelo constantemente apartada ante una lámpara estarán ahora clavadas como anzuelos en la piel. Después se recordará cada comisura de los labios y cada parpadeo: todo el frágil pasado abrumado por la intensidad del presente, hasta quedar exhausto frente a una puerta que ya no se puede pasar. Cuántos desiertos por recorrer, antes de verlos incendiarse.

El vuelo sobre el parque

Nos fue fácil seguir la trayectoria del vuelo, un cuarto de hora después estábamos en la casa de los suburbios. En el garaje, el autogiro ultraliviano que había volado sobre el parque; en el pórtico, en una mecedora y comiendo puré de manzanas, el extraño señor Sampsom; en la primera habitación a la derecha, vacíos frascos de leche agria, minuciosa colección de recortes sobre guerra, exhaustiva selección de fotografías de áreas del cuerpo afectadas y trasplantes de piel con diversos grados de fracaso. En la segunda habitación, lecho de hierro sin colchón, escasas hediondas ropas, estrictamente ordenadas herramientas, copias azules de los planos. En la cocina, gatos muertos y cucarachas, el ejemplar de *Popular Mechanics* con el proyecto de rociadora de insecticidas tan adecuadamente adaptado. En vano buscamos látigos, manchas de sangre, otras señales de rituales nefandos; faltaban libros sobre cuya influencia pudiéramos formarnos hipótesis, y el señor Sampsom sólo decía que sí a todo, amablemente pero con incoherencia, sin mostrarse cohibido por las thompson que se exhibían, no tanto contra él, como contra la amenazadora turba de vecinos que la radio y la televisión, al seguirnos, había convocado. Pedimos refuerzos, no parecía conveniente disparar en aquella casa a la que bidones de gasolina en varios estados de dilución, paquetes de plástico con gelatina tratada y cubas del laboratorio improvisado en el cuarto de baño y parte del garaje convertían en riesgo cierto de siniestro. El autogiro había sido vendido por Macy's en la gran liquidación final —era del modelo miniatura monoplaza que se exhibió meses antes en el primer piso, entre cordones de terciopelo, y no siendo propiamente un helicóptero, tenía sin embargo adecuada capacidad de maniobra, aceptable velocidad para seguir blancos móviles y suficiente estabilidad como para mantenerse sobre éstos hasta que fuera descargado

el contenido de la rociadora. Cómo no estalló ésta en el aire dada la carga que le fue servida es cosa inexplicable. La escena era más bien siniestra, el anciano señor Sampson diciendo que sí a todo mientras terminaba de comer el puré de manzanas, los vecinos cada vez más amenazadores, la colección de fotografías de niños asiáticos calcinados por la gelatina ardiente; los cromos con condecorados pilotos del comando de bombardeo; las aspas del autogiro que, irrealmente y era difícil creerlo, sólo una hora antes había volado sobre el Central Park, y al final, y más irreal todavía, la voz del sargento Joe anunciando el hallazgo, la bolsa de polietileno todavía medio llena de los caramelos, las muñecas y las pistolas de plástico de los cuales el señor Sampson se había valido para atraer y concentrar a sus objetivos antes de hacer funcionar las rociadoras y lanzar los cartuchos de ignición de fósforo vivo en la clarísima mañana de agosto.

Ya no te acuerdas de mí

Se mete en una fiesta el extraño ser que goza apenando a la gente con el juego de tú no te acuerdas de mí pero yo sí me acuerdo de ti, y la primera víctima como es lógico no se acuerda de él, pero tampoco se acuerdan ni la segunda ni la tercera ni la cuarta, la quinta no tiene ni idea y así sucesivamente. La misma noche el extraño ser de cuyo nombre no quiero acordarme se mete en tres cuatro cinco, diez reuniones tratando de avergonzar a quienes no se acuerdan de él pero es él quien resulta humillado porque ni un solo memorioso tiene la menor idea de quién pudiera tratarse; al salir a la calle el extraño ser se da cuenta de que tampoco él se acuerda de quién es él mismo.

Crónica roja

Consternada la sociedad por el asesinato del artista.

Alguien de confianza penetró en su estudio, destruyó su obra, asesinó al artista haciendo desaparecer el cuerpo.

Después intentó hacerse pasar por el artista asesinado, pero su tentativa fracasó pues dondequiera que se presentaba el público decía: Ya no es el mismo, no parece él, está desconocido.

Para que se notara menos el cambio dejó de frecuentar a quienes querían al artista verdadero y se rodeó de quienes sólo conocían la impostura.

Los intereses de siempre acogieron al impostor que sistemáticamente invalidaba todas las creaciones del creador genuino con obras de poco valor y mucho precio.

El detective encargado del caso abriga la hipótesis de que fue el propio artista quien se asesinó a sí mismo y a su obra para poder venderse en mercados del arte donde el otro jamás hubiera entrado.

Nadie lo cree, nadie lo estima verosímil, nadie se resigna a admitir que el artista asesinado y su cadáver exquisito sean una misma y única persona.

El enemigo secreto

En toda oficina donde se juega al Amigo Secreto se practica paralelamente el deporte del Enemigo Secreto.

El Amigo Secreto pone una pastilla de menta en la gaveta mientras el Enemigo Secreto le menciona al Jefe que se debería llamar a Rodríguez, justamente la tarde que Rodríguez faltó sin permiso.

El Amigo Secreto regala un calendario con paisajes mientras el Enemigo Secreto cambia las tarjetas dedicadas en el ramo de flores que se manda a la esposa y en el reloj con brillantes que se envía a la amiguita.

El Amigo Secreto escribe postales melosas mientras el Enemigo Secreto esparce rumores nunca verificados del problema de fulano con las drogas, del de fulanita con la bebida y del de mengano con su sistema inmunológico.

El Amigo Secreto deja en la gaveta el recorte con el horóscopo alentador mientras el Enemigo Secreto anima a la secretaria que le confía su depresión con historias que la inducen a la sobredosis de calmantes y arrastra al bar al redimido que acaba de salir de alcohólicos anónimos.

Hubo la muchacha solitaria que murió de tedio en el empleo insignificante porque las tarjetas con corazones la animaron a esperar un amor que jamás llegó y hubo quien al ser despedido encontró el camino hacia la fama. El peor Enemigo puede ser el mejor Amigo, y nadie, ni él mismo, lo sabe. Pocos resisten al descubrimiento de que el Enemigo Secreto es uno mismo.

Asincrónicos

Ella se levanta para despertar a los gallos y a la misma hora él se acuesta después de contar todos los segundos de la noche.

En ese momento él está en fase maníaca y cuando trata de comunicarle a ella su entusiasmo la encuentra en plena depresiva.

La depresión de él empieza con claustrofobia y cuando huye del espacio clausurado de la casa, ella se encierra con agorafobia o miedo de ser tragada por el infinito de afuera.

Comparten amorosamente fobias y filias, sólo que cuando ella entra en aracnofobia él cría artrópodos y cuando ella se resiste a subir al penthouse por acrofobia él no puede sufrir la chatura del ras de tierra.

Otra cosa es la repulsión de ella al aire acondicionado mientras él suda a mares dentro del frigorífico.

Explíquese usted a cuenta de qué ama ella la penumbra y él no se encuentra bien sino encandilado.

Los gustos musicales se polarizan entre Oscar de León y Stockhausen aunque no recuerdo bien quién con quién ni en qué orden.

Son la pareja más unida porque al no pasar un instante juntos no pueden aburrirse.

El orden en la biblioteca

En mi biblioteca sólo hay dos clases de libros: los que sé que tengo pero no aparecen, y los que aparecen sin que yo supiera que los tenía. No menciono volúmenes prestados, de los cuales ninguno regresa. Nunca los declaro difuntos hasta que su cadáver no es desenterrado en una biblioteca ajena. Hay tomos insurgentes, que cogen el monte de las estanterías y burlan todo operativo de captura. Hay los fantasmas, que se desvanecen. Hay los repetidos, que compré dos veces por no saber dónde tenía guardado el mismo título, o por ignorar que a pesar del título distinto era el mismo libro. Están los tímidos, que la sirvienta deja con el lomo contra la pared y se resisten a revelar su identidad. Hay las ediciones solteronas o vírgenes que por su prestigio debemos frecuentar pero cuya sola vista acongoja. Hay la inmensa mayoría de la que no se puede decir ni bien ni mal y que nunca volveremos a tocar porque no siempre es puerta de la luz un libro abierto sino ventana hacia el fastidio o fosa de un prestigio inventado por la crítica. Hay en fin los eternos, que no es necesario tener en la biblioteca porque los lleva uno en el alma como cicatrices. Si llego a poner orden en mi biblioteca lo pondré también en mi vida. Entonces todo habrá concluido.

Caballo de espadas

Caballo de espadas y caballo de copas y caballo de bastos y caballo de oros y otra vez caballo de espadas, que delata la trampa de la baraja.

Lo clavarón sobre ella, de una estocada.

LOS DIÁLOGOS DEL FIN
DEL MUNDO

Vida ordinaria

1

Favorecido por entrada gratuita que llega por correo voy a ver el gran Teatro del Absurdo, trece enmascarados en mallas negras provocan al honorable público representado por un actor caracterizado de espectador a quien cortan la corbata mientan la madre amordazan atormentan ahorcan entre el aplauso del público presente. Cien funciones después se ha sabido que en cada ocasión el espectador era de verdad, de verdad el nudo corredizo y verdadero el pánico de la víctima, verídica su inmovilidad final que los espectadores ovacionaban.

2

Recomiendo no cerrar los ojos: al abrirlos podemos encontrar que nos rodea la nada. Contra ella las maniobras son nada eficientes o nada significativas. Desaconsejo la danza y la gimnasia rítmica: enfatizan la sensación de soledad. También es posible imaginar que se vuelve a tener el mundo alrededor: la duda de si será real produce un vacío que no se termina de llenar con nada.

3

Sientes que ya has leído esta página; aunque es la primera vez que la contemplas, sientes que ya has recorrido esta línea en un mundo anterior, lateral o lleno de claves crípticas como ésta. Ya has descifrado estas letras, has cerrado antes el círculo que también en esa imaginaria primera lectura te remitió a otra imaginaria prelectura, y ésta a otra, y es inútil que aproximes el dedo para pasar la página, también ese intento de cancelación sientes que lo has probado, todos los actos sucesivos, todos los intentos de olvidarlos.

4

Limpiamente, sobre la mesa de mármol en donde tomas el café cae una mano seccionada y el terror es no saber si es de niño o de niña, tan pequeña y tierna. Otrosí el sabor amargo del café puede ser un desecho industrial que produce lepra o un arma humanitaria que pulveriza la piel. El dolor que sientes puede ser asco o hambre atrasada. En la cara te cae la paletada de tierra destinada a alguien a quien entierran vivo. Este será un mal día porque se ha vuelto a estropear el generador de indiferencia que permite desentendernos de lo que sucede.

5

Siendo opositor a las autoridades te detiene un piquete que se identifica como autoridades y te da tormento para que delates a los opositores y se te ocurre que el piquete pudiera ser de opositores a las autoridades que prueban tu lealtad de manera que cualquier respuesta te condena.

6

Totalmente sumergidos en el ruido de motores altoparlantes portazos llega el momento en que localizamos entre la muralla de vibración un molesto silencio: a veces debido a la inconsciencia de un industrial que escatimó recursos para ensordecir al colectivo a veces debido a la descortesía de algún antisocial no dispuesto a cooperar en el escándalo. Contra ese silencio te serán inútiles los remedios de las paredes vibratorias, las dobles ventanas sonorizadas, las alfombras estruendosas, las mascotas enjauladas, los tapones micrófonos sepultados en los oídos. Ese sólo silencio puede estropearlo todo: por la grieta de quietud puede irrumpir la pedrada de la idea.

7

Sapos a la orilla de un gran charco inflándose para decir soy importante soy importante soy importante croo soyimp soyimp soyimportante de repente paf alguno revienta y los demás soyimp soyimp soyimportante paf paf paf todos revientan y las nuevas generaciones de renacuajos soy importante soy importante soy importante.

La clase competitiva encierra en maquilas de trabajo forzado a la clase no competitiva para tratarla con la dureza indispensable para la explotación y el final exterminio, hasta que en la clase no competitiva mueren los débiles los indecisos los morales masticados por el rigor de la competitividad. Ahora la clase competitiva no puede prescindir de la fuerza de trabajo de sus esclavos invulnerables al sufrimiento, la inanición y a la piedad que son cada vez más numerosos más homicidas. La esperanza es que los futuros amos los encierren en maquilas alambradas donde la atrocidad y el sufrimiento les enseñen una luz, una fuerza, una epifanía.

Se nos aplica el ningunizador total que separa lo superficial de lo profundo revelándonos un mundo totalmente ausente de profundidades. Contentándonos como siempre con la superficie de las cosas vamos entre esta aceptación pasable de la vida hasta que golpeados con el puño nuestro quejido es el sonido a hueco.

Una píldora que garantiza la euforia se añade a otra que asegura la potencia la cual se suma a otra que provee la longevidad la cual se incorpora a otra que las experimenta sin necesidad de un ser que las consuma.

El letrero anterior a todo decía: no pruebe la manzana; el anterior a nada: no apriete el botón.

Performance

Ella o él o usted en el centro del sitio cualquiera, sobre el catre las piernas abiertas en ángulo de 45° al lado el platillo del óbolo se anuncian las reglas del juego es decir el juego sin reglas: Uno, el sujeto cede todas sus fuerzas ideas creencias actitudes órganos y actos Dos al libre juego de la oferta y la demanda Tres manifestado en la cotización más alta Cuatro sea ésta cual fuere todo ello sintetizado con el acto de frotar el pulgar y el índice lo cual significa que el sujeto una vez cotizada la tarifa máxima y aun mínima

matará marcará tarjeta concederá favores venderá órganos practicaré perversión se mutilará miembros o puntos de vista publicitará se subastará como esclavo rezará tragará cucarachas se volará la tapa de los sesos amará escribirá poesía pactará con el Diablo opinará al gusto de patrono burócrata cultural o editor fingirá que esos actos dependen de la libre elección

Apunte usted lo que obligaría a hacer a la criatura sometida a cotización o lo que le está ya haciendo hacer, o la manera de rebajar el precio monopolizando la demanda hasta obtener lo mismo a cambio de nada, practique variantes del performance descubrir quiénes están ya involucrados en él y cotizándose o si existe uno que otro que no esté ya en él en ambos casos adivinar su precio, el acto o creencia cuyo precio estaría más allá de toda oferta determine en cuál momento se termina creyendo lo que quiere que crea quien le paga piense estrategias de segregación, neutralización o censura contra aquél que aún no participa en el performance pregúntese si usted es el único que todavía no participa, o si ya, de repente, a lo mejor, quién sabe

Todo va bien en el campo de concentración

Cuyo lema *El trabajo libera* adorna la entrada. La entrada donde la banda interpreta la música del alma. La música que celebra que al ingresar ya se nos clasifica. Se nos clasifica para que nos destruyamos los unos a los otros. Nos destruimos compitiendo porque sólo tendremos lo que hayamos quitado a otro. Sólo arrebatándolos podemos utilizar alicates para fijar alambradas, palas para cavar fosas, adoquines para pavimentar el camino hacia el galpón de donde nunca se regresa. Nunca se regresa si se hacen preguntas que impidan escuchar la música del alma. La música celebra que cada contingente que llega elige autoridades. Las autoridades garantizan que cada quien cumpla la cuota de producción. La cuota fijada por los acreedores que deciden si verás el final del día en el campo. El campo donde tenemos que ser más productivos, más baratos, más desechables que las máquinas que fabricamos. Las máquinas ante las cuales sólo nuestra sustituibilidad nos hace insustituibles. Insustituibles mientras subsistamos con raciones por debajo del nivel de la subsistencia. Raciones que nos distinguen del despreciable esclavo, al cual siempre se garantiza la subsistencia. Subsistencia que los libres logramos consumiéndonos. Consumiéndonos arrancando pieles o denunciando indisciplinas para ingresar en la lista de las promociones. La lista que puede reportarte una colilla de cigarro, un diente de oro arrancado con tenazas, una caricia de los guardias. Caricia de los guardias que te califica para hacerte elegir autoridad o nombrarte capo encargado de acelerar el trabajo que libera. Trabajo que aceleras incorporándote a la banda que toca la música del alma. Música que nos infunde el amor por nuestro campo. Campo por el cual esta-

mos dispuestos a morir antes que permitir la violación de sus alambradas. Alambradas que nos recuerdan que ni la fuga ni la rebelión liberan. Libera sólo el trabajo que vigilan las autoridades que elegimos. Autoridades que elegimos para que mantengan el orden. Orden que nos protege de intervenciones. Intervenciones que mantienen el orden que nos protege de las autoridades. Autoridades que presiden el desfile diario que comienza antes del amanecer al retumbo de la banda. La banda que reclama la eficacia al construir las máquinas que han de sustituirnos. Sustituirnos a los que concluimos dando paso a los que llegan. Que llegan para experimentar que todo va bien en el campo de concentración al compás de la música del alma.

Ya

Un virus informático autogenerado permite a las computadoras fantasear; el imaginario electrónico es presentado como realidad, los internecios lo toman como tal. Se declara absolutamente todo sometido a la ley del mercado.

Códigos de bits y de pix desarrollan dinámicas transformadoras que como las de la memoria borran reconstruyen falsifican toda información aleatoriamente. Alfabetos sistemas numéricos matemáticas geometrías notaciones musicales mutan con inaprensible velocidad de relámpago.

Resonadores radiomagnetotérmoacústicos modifican al azar el código genético de todos los seres vivientes. Projectores de láser graban marcas de publicidad en nuestras retinas.

Monopolios de tarjetas de crédito emiten falsificaciones perfectas de signos monetarios que pierden su valor cada media hora. La droga se hace la única moneda del mundo.

Máquinas semioticóticas convierten en realidad todas y cada una de las metáforas poéticas. Se obtiene el copyright sobre las emociones: no podemos sentir sin pagar regalía a las industrias culturales.

Pantallas de ordenadores y televisores titilan en ritmos que desatan crisis de epilepsia colectiva. Laboratorios de multinacionales dejan escapar el virus-droga incurable que se incrusta en el metabolismo y vierte perennemente en la sangre compuestos sictomiméticos.

La multinacional Genoma Humano lanza marcas y modelos de hombres adquiribles en las Bolsas de Valores Humanos. Nuestros seres queridos son sustituidos por dobles audianimatrónicos lo que imposibilita las relaciones personales.

Nebulizaciones de L dopamina desatan estados de depresión colectiva. Réplicas cibernéticas de líderes descerebrados gobiernan restos de los entes políticos, entregándolos por trozos a transnacionales.

El Fondo Monetario Internacional impone a los individuos la esclavitud por deudas perpetua y hereditaria que hasta ahora se imponía sólo a las naciones. El índice Dow Jones descubre que los seres humanos no son rentables y se decreta nuestra aniquilación mediante la droga rejuvenecedora que nos convierte en fetos y luego separa al espermatozoide del óvulo.

Monopolios se apoderan de los pulmones vegetales de Guayana y de Siberia y venden el aire por inhalaciones. Se escapa de laboratorios israelíes la bacteria que come petróleo y sus derivados y al disolver todos los tapones de plástico libera los microorganismos devoradores de recuerdos y de ojos.

Los laboratorios de las transnacionales lanzan el virus-sinapsis que implanta ideas fijas en nuestras neuronas.

Entregamos a nuestros administradores autorizaciones para vendernos a los poderes del capital extranjero. El Banco Mundial impone el pago de matrículas para la educación de manera que sólo quienes tengan dinero puedan tener acceso al conocimiento y sólo quienes tengan educación tengan acceso al dinero. En los alimentos se incorpora como aditivo la droga que crea dependencia hacia la primera cosa que vemos.

El monopolio de la información acapara toda la información disponible dejándonos desinformados. Ordenadores de los silos nucleares ensayan juegos de Apocalipsis para ponerlos en práctica al desarrollar la estrategia perfecta de Destrucción Mutua Asegurada.

Atrapados en mundos de realidad virtual invertimos nuestras ganancias en proyectores de realidad metavirtual que replican la realidad verdadera o por lo menos crean una indistinguible de la verdadera. Todos nuestros bienes, creencias y órganos son propiedad del primero que haga una oferta que no podamos sobrepasar. La prostitución sexual e intelectual son declaradas obligatorias.

Un polímero del ácido desoxirribonucleico convierte toda la naturaleza animada en inanimada y toda la naturaleza inanimada en animada. El núcleo de ferroníquel de la Tierra se convierte en un cerebro que reflexiona sobre el horror de la nada que lo circunda. Intentamos el suicidio colectivo como única defensa contra la perversión multitudinaria de los fantasmas neurónicos. Ni siquiera muertos descansamos en paz, nuestros cerebros en animación suspendida atormentados por pesadillas electrónicas que acumulan variantes de nuestros terrores arquetipales y nuestras fobias.

Todo esto sucede en realidad pero un corte de láser en tus lóbulos prefrontales te impide advertirlo.

Después de la guerra

Hay un universo paralelo en el que no hubo guerra y los niños siguieron viviendo y los artistas siguieron creando y los enamorados siguieron amando y a veces ese mundo se deja ver como un espejismo en las ruinas del nuestro, para nuestro goce, nuestra desesperación, nuestra vergüenza.

Excusas para invadir

En el país invadible está escondido un peligroso terrorista, al no encontrarlo después de destruir el país, invada los países vecinos donde es muy probable que se haya refugiado.

Quéjese de que el país invadido desea tener armas de destrucción masiva como las que usted tiene.

Invente que en el país invadido hay armas de destrucción masiva, al no encontrarlas, invada los países vecinos alegando que al ver su conducta tratarán de tener armas de destrucción masiva para defenderse de usted.

Argumente que aunque el país invadido no lo ha atacado a usted, podría hipotéticamente pensar en atacarlo, por lo cual usted debe destruirlo preventivamente.

Acuse al país invadido de intenciones de violar el derecho internacional, invádalo violando la ley internacional, el voto contrario del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la desaprobación de todos los países del mundo.

Demuestre que el país invadido es militarmente débil, por lo cual procede invadirlo antes de que pueda llegar a defenderse.

Alegue que el país invadido no es democrático, por lo cual necesita un gobierno totalitario de ocupación militar designado a dedo por autoridades extranjeras.

Alegue que el país saqueado tiene petróleo.

Buenos y malos

Los buenos de la película quieren quitar a los malos el petróleo, el agua dulce, la biodiversidad.

Los malos de la película no se los quieren dejar quitar.

Los buenos invaden países ajenos.

Los malos defienden el suyo.

Los buenos envían a la ONU para que verifique que los malos tienen armas de aniquilación masiva.

Los malos son masivamente aniquilados después que la ONU certifica que están indefensos.

Los buenos no suscriben convenciones sobre Derechos Humanos.

Los malos son invadidos en nombre de los Derechos Humanos.

Los buenos son humanitarios porque tiran explosivos desde bombarderos.

Los malos son terroristas porque se defienden tirando explosivos a mano.

Los buenos son inocentes aunque se demuestre su culpabilidad.

Los malos son culpables aunque demuestren su inocencia.

Los buenos castigan como criminales de guerra a quienes sabotean las instalaciones petroleras que ellos quieren robar.

Los malos no pueden ponerle ni la mano a quienes roban sus instalaciones petroleras.

Los buenos obligan a todo el mundo a aceptar su papel moneda respaldado por nada.

Los malos no pueden emitir papel moneda sin respaldarlo con papel moneda de los buenos respaldado por nada.

Los buenos garantizan la libertad informativa secuestrando y despidiendo periodistas, deteniendo manifestantes, censurando sus propios medios, bombardeando los ajenos.

Los malos son tratados de malos en los medios censurados.

Hombres, mujeres, niños no son buenos ni malos, sino victimarios o víctimas, asesinos o asesinados en una película que seguirá siendo atroz mientras sigamos creyendo que somos sólo espectadores.

Pesadilla con petróleo

En la estación de gasolina de la gran potencia un surtidor llena el tanque con sangre. Surtidor tras surtidor de alto octanaje sangra glóbulos rojos. Lo mismo sucede con las grandes mangueras del combustible diésel y las latas de aceite que perforadas derraman líquido encarnado. Pasa igual con los tanqueros cuyos depósitos sólo contienen un plasma bermejo. El oro rojo llena oleoductos y contamina derivados. Los orificios del gas de la calefacción sangran líquido rubí y poco a poco la contaminación misma del cielo sobre los rascacielos toma un tono carmesí que llueve gotas purpúreas. Casi no hay maquillaje que no contenga petróleo y todos dejan sobre los rostros cuajarones colorados. También plásticos del moblaje y tejidos sintéticos de ropas y asfalto de las vías y caucho artificial de empacaduras y neumáticos morosamente enrojecen, palpitan. En tanques de aeroplanos y bombarderos el combustible se hace viscoso y deja en las nubes estrellas purpúreas. Medicinas químicas condimentos artificiales colorantes sintéticos del papel moneda se convierten en los fluidos vitales derramados para robarlos, ante la indiferencia de los consumidores que se acostumbran o quizá han estado siempre acostumbrados, hasta que la gran potencia deja de palpar coagulada en un diluvio de sangre.

Comprende a tu enemigo

Comprende a tu enemigo, dice el instructor. No basta con bombardearlo, sólo al comprenderlo se puede vencerlo. No basta la destrucción hasta los huesos de los niños. No bastan campos arrasados, madres calcinadas, porque son fanáticos, porque después de muertos mil veces seguirán siendo enemigos.

Comprendo a mi enemigo. Descargo cinco tiros en la cabeza de mi instructor.

Pequeño error

Debido a que el gasto armamentista no permite invertir en buenas escuelas los yanquis no saben geografía.

La primera misión contra el país petrolero se confunde y arroja todas sus bombas sobre Washington, DC.

De terror

Soy el jefe de la potencia armamentista más poderosa de la tierra; tengo en mis manos el botón para destruir el mundo, destruiré a los adversarios porque no quiero enemigos, después a mis aliados porque no quiero competidores, después a mí mismo porque vivo de explotarlos a ambos.

Máquinas bélicas

La máquina analítica de táctica y estrategia antes de empezar la guerra notifica a cada soldado y a cada baja civil el día hora y segundo de su muerte.

La máquina de guerra intrapersonal estimula a cada órgano para que pelee contra los demás órganos del mismo organismo hasta la muerte o la victoria que es también la muerte.

La máquina de guerra considera que los humanos de su propio bando no son suficientemente inteligentes para hacer la guerra y los destruye para sustituirlos por máquinas de guerra.

La máquina de guerra del bando contrario deduce que los humanos que quieren hacer la guerra no son suficientemente inteligentes y los aniquila para sustituirlos por máquinas que no hacen la guerra.

Para acabar de una vez con las guerras

Abre sus puertas la gran fábrica de fusiles que disparan por la culata.

El botón

El botón para empezar el holocausto debe estar en algún sitio de la tierra, disimulado como un botón normal. Desde que lo sé tengo fobia a los botones. Aprieto el botón del timbre del siquiatra. La primavera se enciende en un millar de capullos nucleares.

Antes de la guerra

Veo la guerra al revés, alegría
De los incendios nacen arboledas
Se juntan los dispersos miembros de los niños
Los ojos reviven y sorben las lágrimas
De las ruinas renacen triunfalmente las moradas
El hierro escapa de las carnes y éstas cierran sus heridas
Las bombas huyen a lo alto y de cada cráter brota una flor de vida
Las tropas retroceden, retroceden
Los armamentos vuelven al acero
La tierra absuelve al acero que una vez más duerme en su seno
Los enamorados convierten sus separaciones en encuentros
Mi cuerpo ve la guerra al revés
Despedazado en la guerra normal, que comienza

Comisión para el arreglo del mundo

Al fin ha sido creada la comisión para el arreglo definitivo del mundo. En cada reunión le encontramos defectos que describimos minuciosamente. La compilación completa tomará la eternidad. Después de ella, convocaremos la reunión siguiente.

El terrorista saca la pistola de proyectiles de lucidez. Dispara. No puedo detenerlo. El Papa recibe el impacto en el cráneo. Se lleva las manos a la cabeza, arroja el báculo y la tiara, grita: ¡Pero qué hago! Un guardia avista al terrorista. El terrorista le dispara. El proyectil de lucidez le hace tirar su arma y su ropa. Corre gritando. El pánico borra todo. Quito el seguro de mi Walter PPK. Tiemblo. Sin desesperación. Bala vence lucidez. Busco entre la turba. Huyen aplastándose. Gritan ¡milagro! Por allí no es. Les doy la espalda. Enamorado abraza mujer. Terrorista lo encañona. Expresión pasa de arrobó a espanto. Terrorista le dispara. Impacto directo. De espanto a indiferencia. Los proyectiles de lucidez son silenciosos. Pero sus efectos se advierten más que los del 45 especial. La lucidez es fatal. Por aquí, grito, esgrimiendo la Walter. Remato enamorado. Me lo agradece. La mujer no. Es un error. El terrorista es advertido por los gritos. Me dispara a la cabeza

QUE SE SIENTE CUANDO TE PERFORA EL CRANEO EL PROYECTIL DE LUCIDEZ. NO MUERES TU; MUEREN TUS IDOLOS; TU CRANEO NO CONTIENE MAS QUE IDOLOS: LA MUERTE ESTALLA INFINITAMENTE

reboto sobre el capó de un auto ruedo golpeo contra un poste

LOS ACTOS POSTERIORES A LA LUCIDEZ NO SON ABUNDANTES

quedo tendido sospecho fractura en espiral del fémur

¿EL BLOQUE DEL MOTOR DEL AUTOMOVIL CORAZA CONTRA LA LUCIDEZ?

también contra la Walter PPK. Rio. El terrorista sabe que me ha alcanzado. Lo provoco, por automatismo. Para qué, le grito, si la lucidez se basta a sí misma. Me contesta su risa. Los asesinos no prueban sus armas en sí mismos, pienso. Les impediría asesinar. La lucidez impide. Sólo permite elucidaciones como ésta. La sangre fluye de alguna de mis arterias. Disparate, le grito. Es tan hermoso, añado. Huele la trampa. La lucidez borra todo mensaje. Lucidez es muerte que no cesa.

Detrás del camión estalla un silencio.

El terrorista resbala, queda fuera de la protección del camión, su cráneo golpea contra el suelo. Allí queda, mirándome. Allí quedamos, mirándonos. Su mano suelta la pistola de lucidez. No hace esfuerzo para recuperarla. En el callejón aparece la novia abandonada. Se aproxima hacia mí. Me arranca de la mano la Walter PPK. Me apunta, lo piensa mejor. La apoya contra el cráneo del terrorista. La amartilla. Nadie vendrá a rescatarnos. La lucidez es silenciosa.

2

La hembra es el animal más cruel en todas las especies. Te dejará vivir mientras eso prolongue tu agonía.

Ahora tirado inmóvil contra el pavimento recuerdo el pueblo nuestro dominado todo por la escultura ciclópea de una mano entrecerrada cuyo índice extendido señala una dirección y todos toda la vida hemos estado de acuerdo hemos dicho iremos vamos andemos estamos yendo con grandes gestos pero todos en realidad nos quedábamos en el mismo

sitio o andábamos un rato con gran pena en el sentido contrario operación que nos vaciaba el alma pero la ruina toma por asalto la gran estatua que ha ido cayendo en pedazos y cada trozo del dedo señala un horizonte contradictorio. Será más allá, por aquí por acullá gritan unos pero el mundo sin dirección gira en la noche en medio de una cortina de astros como dedos que apuntan igualmente a todas partes y de día ante un sol que sale o se pone en un lugar indiferente. Quizá las traslaciones normales de los habitantes del poblado no han variado. Yo me arrastro entre el callejón que da a las ruinas, me detengo, miro mi propio dedo, por momentos guardo la mano en el bolsillo por no saber si señala.

En algún punto reventó la bomba de lucidez con la que amenazaban.

3

Arrastrándote llegas a Érebo, el sitio donde no tiene cabida la escritura, pues nunca puede ser peor que el horror que describe. Érebo es un sólo punto y aunque pareciera llenar el universo en él hay un sólo punto que es Érebo .

Pasillos laterales hacia Érebo. Hacia Érebo todo es lateral. Hay la acumulación de objetos ya sin función. Nada tiene función en Érebo , mucho menos el propio Érebo . Hasta el horizonte, un infinito plano con agujeros por donde a una hora del día salen cabezas, gritan.

El gran cometa solar entretanto se pone.

Todo es entretanto, todo simultáneo, todo recurre. Nada es separado de nada, el horror es éste, éste es, éste.

El sol desaparece por un agujero en lo oblicuo.

La manada —he aquí la manada de los hombres sufrientes —
atravesados por el duro metal, ardientes en fuego, oprimidos,
ciegos— embistiendo contra muros o contra vacíos —dando
vueltas circularmente en Érebo —donde todo es circular—
pisando sobre brasas o sobre cristales de hielo que devoran
la piel —barridos por granizo —y sólo un bramar que luego
llamarían: de sonido y furia —colgantes las tiras de músculos
y desnudos los dientes del alarido —con ellos la única salida
de Érebo : el dolor: y su única entrada.

Hombre primero solicitado por la tentación de notoriedad. Los gestos fatigó: la mueca profunda quiso. Aún entonces después entróle silencio por vergüenza de sí: estrambamente borrarse quiso. Cómo entonces el genio para ir borrando rastros: para ser de todos olvidado. Temor del rastro de sí. Horror de sí. Hombre que se sobrevive pues quien dura más allá del instante lo traiciona. Entonces quiere saber cuál fue ese instante. A lo mejor no el de amor, luz o coraje. Posiblemente el de la anonimidad mayor: aun cualquiera. Hombre que mira una pared mientras en las calles matan gentes. Mendigos se pelean por mendrugos: la Historia es cuestión de mendrugos. Entonces se plantea si debería salir a matar o a ser matado: ninguna de las opciones resolverá nada: para ser matado siempre se requerirá alguien que mate. Cortar un cuello: vencer esas repugnancias: vencer la repugnancia de tener un cuello.

Relámpago de asco.

El momento en que toda obra queda inconclusa, toda palabra no dicha, todo abrazo interrumpido. Licor selecto y último

que se tomaba como ese traguito del suicidio a que tan proclive es la adolescencia, el nihilismo, aurora del yo que se descubría en secreto como la autocomplacencia; se masifica, se vulgariza, en televisión se lanza el gran estilo nihilista para las masas, la nada envuelta en colores pagada en cómodas cuotas consumida nunca en ninguna parte lo vuelve a usted un verdadero don Nadie destacado en niveles de eficacia y calidad del vacío rebatiñas por las entradas del estadio donde se enfrentan la apatía contra el derrotismo respaldados por el clamoreo de sus fanaticadas, las campañas electorales repiten: Nadie cumple sus promesas, vota por Nadie, parece próxima la victoria del partido ningunista que ha sabido como ninguno consolidar a las masas en torno a postulados inexistentes a fin de lograr la fuerza institucional que le permita disolver las estructuras a cuyo fin se crean clubes, consorcios fraternidades logias iglesias templos paseos obeliscos con pedestales sobre los cuales se posan idealizadas representaciones de la ausencia ante las cuales desfilan ejércitos de voluntarios decididos a reducir al enemigo a la nada.

Armagedón ceros a la derecha se alinean contra los ceros a la izquierda formando cada uno hilera infinita mutuamente se anulan como universos de materia y de antimateria que chocan

Aparece el vacío dice aquí no ha pasado nada.

6

En la hora y punto acomete el padecimiento de la lejanía. La derramada sangre de otros permanece: entre ella y tú el foso del cero. ¿Acumula la multitud de ceros del universo para hacer una unidad? ¿O: llevado por tantas suertes del universo a un mediocre remanso: ¿debo? ¿abandonarlo? ¿Por ver si en la aniquilación hay un sentido? ¿Aun sabiendo que quitar sentido no es darlo? ¿Siendo quizá cierto lo que dicen de que

no existen proyectiles ni bombas de lucidez sino que ésta era un destino una fase inevitable una agonía?

El centro y vértice: este instante de existencia: y no será dado más de su misterio: más que la deposición informe de la materia queriendo ser signo: ¿dentro de cuántos grados de nada sumergirse gradualmente hasta llegar a nada?

7

cómo eran por dentro aquellos grises edificios, aquellas arrumbativas fachadas frente a las que desfilaste durante tu infancia. Las sospechabas normales con camas de hierro y colchones olorosos a chinche y baldosas con enrevesados dibujos en los suelos. No sospechaste un cuarto todas las paredes clavadas de herraduras que tintineaban en los terremotos ni otro en el cual una señora gorda desnuda chancleta en mano esperaba desde años a que una cucaracha se asomara desde detrás del espejo. Mientras más altos eran los pisos peor se ponían las cosas en un recibo había sólo bacinillas de peltre ya descascaradas en el otro restos de pastillas de jabón azul en un patio estaba el cementerio de los palos de escoba. Una sierra cortaba, interminablemente. Una niña sentada sobre una bacinilla se metía el dedo y olía. Había gritos lejanos. Había el apartamento del Hombre Incapaz de Botar, donde se fueron acumulando todos los frascos vacíos y los cartones de leche parafinados y las viejas envolturas en papel de estaño estampado de los chocolates. En otro sitio amaestaban alacranes criándolos en botellas y es de allí que salían tantos para el resto de la ciudad. Había el caso del señor dispuesto a montar almacén y después cerró para siempre viviendo hasta hoy sentado en medio de mostradores polvorientos que exhiben impermeables de hule tableros de juego de ludo y linternas con pilas ya muertas. En los rellanos de las escalinatas, puertas donde se desaparecían los ladrones y

al final de un pasillo esa puerta del apartamento muy estrecho de un metro por un metro donde alguien vivía sin hacer ruido contemplando las rayas de luz bajo la rendija de la puerta. No faltan la reproducción en bronce de la esfinge y alfombras pseudopersas cuya pinchosidad en el calor ambiente produce sarpullido. Una cotorra desespera en su aro próxima y a la vez lejana de todo aquello que se exagera tras los biombos. Siempre en estos ambientes transcurrieron desesperaciones. Tonos de la luz sobre viejas tejas, cardenillos de bronce y musgos: casi siempre sobre los olvidados techos: arriba se disipa el cielo. Por las puertas de hierro se pasa a los depósitos: oblicuas rayas de luz: objetos atormentados: arrebañados, luego intratables: patas al aire y trizados en el dolor del objeto que es el no poder sentirse comunicado a los hombres pero entonces el cuerpo instintivamente se apeg a estos volúmenes

Las cosas salen de sus anaqueles para ser agrupadas en otros anaqueles

que ya no rodean personas: habían de venir habían de llegar habían de manifestarse en no manifestarse en no tener salida ninguna en ya desprendernos; un ir corriendo a tiempo a punto en lo mismo en lo especial lo indiferente en el destiempo

Cero, los sujetos entonces se desligan de la narración nada es narrable nada en sí importa

sufrió gozó triunfó fracasó

subió

pieles de lo narrado abandonadas a los pies despellejados de lo inenarrable

Cero

crisol

borbollación

espumerío no nada

no nada intento decir no es esto hace tiempo la gente dejó
de decir lo dicho hace tiempo la gente no articula no gesticula
no dice tiempo gentes cosas anda nada

FIN

Índice

PRIMERAS PIEDRAS	7
Collar	9
Nahuatl	12
Polo	14
 RINCÓN DE LOS MUERTOS	 17
Ayacucho	19
Los ricitos	22
La bendición de los hierros	25
Carpión Milagrero	27
La planta insolente	31
Tregua	34
La catarata	35
Siete güiripas para don Alfredo	38
Venganza	43
Muerte de Doñana	44
Muerte de Mozart	45
La mar que es el morir	46
Última	47
 VITRALES	 49
Historia de tiempos idos	51
Forzamiento de la exaltación	54
Suite	55
El obispo	57
El libro	60
Pintor	62

PLACERES OCIOSOS	63
Oír la estática	65
Mirar la estática	66
Mirar interferencias	67
Escuchar el silencio	68
Mirar la hoja en blanco	69
Nadar de noche	70
TRAGEDIAS LITERARIAS	71
Franquicia	73
Papirotazo	75
Musa	77
VIDA COTIDIANA	81
La cabeza	83
Noche oscura	86
La torta	88
Promesa	90
Gordo	92
Perdida	94
Lona	96
Mimados	97
Bailoterapia	99
Control	100
Sicopatología de los electrodomésticos	102
Nuevas formas de espionaje	104
VIDA SECRETA	105
Inexpresabilidad de las nubes	107
El campeonato mundial de las burbujas	108
La risa	109
El martirio de la esperanza	110
Desierto	111
El vuelo sobre el parque	112
Ya no te acuerdas de mí	114
Crónica roja	115
El enemigo secreto	116
Asincrónicos	117

El orden en la biblioteca	118
Caballo de espadas	119

LOS DIÁLOGOS DEL FIN DEL MUNDO	121
Vida ordinaria	123
Performance	127
Todo va bien en el campo de concentración	128
Ya	130
Después de la guerra	133
Excusas para invadir	134
Buenos y malos	135
Pesadilla con petróleo	137
Comprende a tu enemigo	138
Pequeño error	139
De terror	140
Máquinas bélicas	141
Para acabar de una vez con las guerras	142
El botón	143
Antes de la guerra	144
Comisión para el arreglo del mundo	145
Érebo	146

Anda nada

se imprimió en junio de 2025
en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Estado Miranda, Venezuela
Son 1.000 ejemplares



• Colección CONTINENTES •

Sobre *Anda Nada* opina la catedrática de Salamanca Francisca Noguero: «No me queda sino destacar en estas últimas líneas el incuestionable desafío que supone la lectura de las obras de Britto, un autor tan audaz como original que, en la línea de los grandes clásicos, utiliza sus palabras como mortíferas cargas de profundidad».

Al respecto, la doctora en Letras Catalina Gaspar Kározy afirma que: «En *Anda Nada*, donde cada microrrelato conlleva un lenguaje y una estrategia narrativa, nos seduce la osadía y el rigor que laten en una lectura conmovida del mundo que, anhelando expresarse en todas las voces y las miradas posibles, acude a una extrema economía expresiva».

Y la crítica española Alicia Acosta expresa: «Os aseguro que viajar por las páginas de este pequeño-gran libro cogidos de la mano de Luis Britto García es lo que se dice un verdadero placer, una bocanada de aire fresco; así son sus palabras: intensas y profundas, al igual que lo que transmiten».

LUIS BRITTO GARCÍA (Caracas, 1940). Premio Nacional de Cultura mención Literatura 2001, Premio Cultural Alba en Letras 2010, Premio Nacional de Cultura mención Humanidades 2017, Premio Nacional de Historia 2020, es autor de más de noventa títulos entre ensayo, dramaturgia, guion cinematográfico y narrativa, género en el que destacan *Rajatabla* (Premio Casa de las Américas 1970), *Abrapalabra* (Premio Casa de las Américas 1980), *La orgía imaginaria* (1984), *Pirata* (1998), *Anda Nada* (2004) y *Arca* (2007).

